

Washington Lockhart

LA MATERIA PENSANTE
UNIDAD DEL UNIVERSO



MERCEDES 1984

**LA MATERIA
PENSANTE**

Tintas s.c. RUC 180055610018
Dep.Legal 57209
Mercedes 1984

LA MATERIA PENSANTE

UNIDAD DEL UNIVERSO

La historia del hombre es trágica. "Ruido y furor", según dijera Shakespeare. Odios, opresiones, violencias, guerras y masacres han llegado a convertirse casi en hábito.

¿Y por qué no en problema? Preguntarse el por qué de tanta ignominia, ¿es solamente una manera de pasar por ingenuo, una reiteración inconducente? ¿Acaso ya no se ha dicho todo sobre la tragedia humana? ¿No se han intentado ya todas las explicaciones y todos los remedios, y no han vuelto a encontrarse siempre los mismos actores representando los mismos papeles? ¿Será entonces más sabio seguir ocupándose solamente de lo cotidiano, seguir malgastando la razón en el tembladeral de las soluciones parciales, cerrando los ojos para no ver lo peor? ¿Seguir tapando goteras mientras la casa se nos viene abajo? Intentar una salida integral, ¿no es sino soñar?

Es cierto: lo inmediato apremia. Miserias, sufrimientos, amenazas, miedos, los acucian-

tes padecimientos del ahora no nos pueden dejar indiferentes. Pero ya es hora también de superar nuestras preocupaciones y de intentar una visión global. Como expresa en "El porvenir de la vida" de Michel Salomon el Premio Nobel de Medicina Niko Tinbergen, hoy se vuelve indispensable una revolución en nuestros sistemas de valores. No es que desdeñemos la importante prevención que nos formula otro sabio, Konrad Lorenz, la de que "el mundo actual manifiesta una actitud psicótica que podría llamarse el cientifismo, y que consiste en tratar los valores como ilusorios, sean éticos o estéticos". Ese hecho es ciertamente innegable: estamos viviendo un momento crucial de la era planetaria, la crisis de la humanidad, incapaz de configurar un mundo y de reconocer valores y normas eminentes. Creer en la Unidad, creer que todo tiene un sentido, que el hombre debe ser un integrante coherente de la Universalidad, nos obliga en consecuencia a no demorarnos demasiado escrutando las penurias de lo contingente. Ha llegado el momento de intentar asumir ese Todo sin lo cual nuestra existencia no es más que una errátil sinrazón, de desembarazarnos de las palabras e ideas estabilizadas y de la asfixiante preocupación por sobrevivir de

cualquier modo. Lo más prudente, ante tan radical disyuntiva, ha de ser recurrir a planteos y propuestas que, aparentemente discordantes, coincidan con nuestra imprescindible Esperanza. Renovadores de la ciencia, de la religión y del pensamiento en sus diversos modos, nos servirán de inspiración, y a veces hasta de guías decisivos. Creemos entonces poder decir que nuestra tentativa no es por lo tanto producto de una improvisación o de alguna descontrolada impaciencia. Y es que no hemos dejado por nuestra parte de recurrir a ninguna clase de conocimientos o creencias significativas; hemos tratado de discernir en todos los casos las más válidas de sus coincidencias, aquéllas que, por encima de discrepancias de formulación o de construcciones mentales rígidamente formalizadas, revelan a pesar de todo tendencias profundamente conciliables. No podríamos, ni querríamos, por lo demás, presumir de originalidad. Bien sabemos que el Espíritu no es nunca aparición intempestiva, sino despliegue continuado, requerimiento que libremente se renueva, aventura de la cual no podemos llegar a ser sino eventuales testigos, y quién sabe si no también, si la fortuna nos ayuda, eventuales copartícipes.

I. LAS GRANDES PREGUNTAS

Nuestro mundo está partido al medio. Por un lado, la materia; por el otro, el espíritu. Entre una roca y un pensamiento no reconocemos parentesco ni ligazón alguna, salvo ésta, muy frágil, que intentamos con palabras. Vivimos así en un mundo heterogéneo, convertido en una suma imposible, reemplazada tantas veces por componendas arbitrarias. Y lo peor es que esa incongruencia la registramos desde esta otra incongruencia que es el yo, mezcla sin solución de lo que llamamos cuerpo y alma.

Esa duplicidad no solamente nos obliga continuamente a planteos insolubles, sino que, si pretendemos partir de ese doble origen, llegamos a padecer toda clase de absurdos, entre ellos, ilevantable, el absurdo de la muerte. Llegamos a aceptar en efecto que el cuerpo tiene que morir, pero no que muera esta presencia indispensable que es el alma, cuando desfallece una materia en la que sólo advertimos un acompañante servil. Nacida como para vivir siempre, el alma desaparece en un segundo. Y registramos además esta suprema sinrazón de que el espíritu, como éste que ahora siento como mío, deba considerarlo todo desde fuera.

Una empresa al parecer desmesurada, acometida

desde siempre por filósofos y fundadores religiosos, se impone por lo tanto como una necesidad impostergable: la de reorientar nuestra conciencia hacia una unidad fundamental que pueda resarcirnos de nuestra condición quebrantada procurando la reconciliación de las cosas con las ideas que nos formamos de las cosas.

Se dirá: tal empresa es radicalmente impracticable; imposible descifrar lo absoluto con relatividades. Pero ¿es que tendremos que seguir manipulando solamente los problemas inmediatos, sin tratar de ordenarlos dentro de un sentido general que nos permita sobreponernos a las insensateces del presente? Sumergidos en la minucia de lo que nos pasa, cualquier desazón nos parece en efecto una catástrofe, y vivir, como a Shakespeare, un cuento que nos cuenta un idiota.

No puede haber pues otra salvación que la de reafirmarnos como parte de una realidad más amplia que podamos al fin reconocer.

¿Qué problemas son los principales que debemos resolver entonces? Por lo pronto señalemos cuatro:

1) ¿En qué consiste y dónde reside nuestro espíritu?

2) ¿Qué nos une de verdad con los otros y con el mundo?

3) ¿Para qué vivimos, si es que hay un "para qué"?

4) Vivir, si después hay que morir, ¿conserva sin embargo algún sentido?

Descomunal parece ciertamente nuestra empresa. Pero, o intentamos responder a estas preguntas, o seguiremos barajando nimiedades. Pérdida por pérdida, más vale perderlo todo de una vez, y no dilapidarlo en la menesterosa distracción de instante tras instante. Lo mucho que esperamos justifica después de todo lo poco que podemos hacer a este respecto. ¿Cómo continuar si no confiáramos, tan desesperada como esperanzadamente, de disponer al menos de algunas inexploradas posibilidades?

II. LA UNIDAD EN EL HOMBRE PRIMITIVO

La situación actual tiene su historia. Bueno es por tanto echar una mirada previa hacia el pasado

Empecemos por recordar que no fue por cierto dual la conciencia del hombre primitivo. Lo comprobaron con no poco asombro en sus estudios muchos sociólogos actuales. La conciencia del Todo como unidad irreductible fue común en el hombre primitivo. Ya en 1891, Codrington designó con la palabra melanesia "Mana", sinónimo de "lo sa-

grado", ese sentimiento de una realidad omnicomprensiva. La física primitiva era en realidad una metafísica. En ella, en efecto, sujeto y objeto no llegan a oponerse mutuamente; el hombre es uno con el mundo, en un sentido abarcador de lo real; el universo es sentido con coherencia, lejos del gran cisma que se producirá después entre lo sagrado y lo profano. El hombre, para el primitivo, es parte del Universo, ain que tenga que imaginar dioses ni espíritus separados. Todos -dirá Lévy Brühl- participan con todos. Como decía Van der Leeuw, se "interpenetran", más allá de todo intento de inteligibilidad separadora. Desde que "ser es participar", no necesitan imaginar entonces un "englobante", algo trascendente, ni un alma separada del cuerpo. El Mana es así un sentimiento de plenitud, y dicho con palabras de Mircea Eliade, los opuestos son sentidos como complementarios en el seno de lo sagrado.

Ese sentimiento de la unidad del Universo subsistirá en diversos representantes de lo que será la cultura llamada "occidental". Así es que para el griego Heráclito, Dios es el día y la noche, el invierno y el verano, la guerra y la paz, la saciedad y el hambre. Todas las oposiciones están en él. Y al proclamar Thales de Mileto que todas las cosas "están llenas de Dioses", y al

concebir Anaxágoras el Nous como principio actuante sobre las partículas consideradas materiales, dichas concepciones tendían a restablecer la unidad universal. Los presocráticos Pitágoras, Empédocles y el mismo Heráclito eran a la vez filósofos y adivinos, físicos y profetas, poetas y sociólogos. El saber, en ellos no admitía fronteras ni subdivisiones. Conocer la naturaleza y conocer las sociedades era una sola empresa, y formulaban con las mismas palabras los principios generales que regían tanto al hombre como a la materia. Las ciudades, los dioses, los animales y los elementos, todo obedecía a las mismas leyes.

Muchos siglos después serán Boehme y Meister Eckart quienes revivirán también, en grados distintos, esa conciencia humana original no desdoblada, esa intuición de lo sagrado que en el alma primitiva era principio vivido de cohesión, opuesto a la variación y a la disolución, necesidad primaria de salvar la realidad del mundo, como señalará Roger Caillois, "dentro de una celebración unánime, armonía única del hombre, integridad básica de lo real, sentido como un cosmos, y no como un caos". Aún en pensadores seducidos después por la accesible ordenación de la materia, se manifestó en muchos casos el sentimiento de realidades espirituales implica-

das en sus hallazgos concretos. A fines del siglo XVII será así nada menos que Descartes, ya todo un científico, quien dirá todavía que la Filosofía es como un árbol, cuyas raíces son la Metafísica, el tronco es la Física, y las ramas son las otras ciencias; todo debía por lo tanto considerarse en sus mutuas relaciones, y no como continentes separados. Y el mismo Newton, modelo inaugural del hombre de ciencia, dedicó más tiempo y trabajo a temas espirituales, de alquimia y de parapsicología, que a los problemas de la gravitación. Una preocupación de Newton, en tal sentido, fue si la luz no sería manifestación y componente del Espíritu, al que consideraba de ese modo como accesible a la experiencia y como intermediario entre Dios y la Naturaleza. Persistía pues en todos ellos una intuición no desdoblada de la totalidad.

Y viene al caso aludir aquí a la tradición religiosa del Oriente, cuyas manifestaciones fundamentales concurren a reafirmar esa sustancia espiritual o alma universal que configura la unidad indisoluble de cuanto es. La antigua sabiduría oriental, los Veda hindúes, el Yi King chino, los sutras budistas, el sufismo de Ibn Arabí, en efecto, coinciden en reconocer la correlación de todas las cosas entre sí, la unión

mística con el Universo, porque como decía un sabio chino, "los hombres de antaño -antes del caos- compartían la serenidad del Universo entero". Y así el Tao, y el Zen, expresan esa profunda convicción, tan oriental, de que todo existe en lo Uno, superándose así la nada y la muerte por su irrevocable y eterna tendencia a la Unidad. De lo cual -eso sí- se aconseja no hablar, pues, como se dice en el Zen, "apenas habláis de algo, ya lo traicionáis"...

III. PERDIDA DE LA CONCIENCIA UNITARIA

Sería largo y tal vez innecesario para nuestros propósitos historiar detalladamente cómo se fue perdiendo después esa conciencia primitiva de la unidad universal. Ya en Grecia se consumaron los primeros cismas, siendo el más resonante el de la Idea entronizada por Platón, al postular esencias divorciadas de la experiencia cotidiana. Al escenario universal, sucedió, según Platón, el de la caverna en la cual el hombre estaba condenado a vivir. Ya no se veían realidades sino las sombras en la pared del fondo. Todavía padecemos, muchas veces sin saberlo, las consecuencias de esa desvalorización del fenómeno que nos hace hablar de principios

y valores e ideas autónomas, elevados a una estratosfera de la que nos cuesta descender después a las realidades de la vida. Pero hubo otra escisión tal vez más decisiva, y fue la que se consumó con la afirmación dogmática dominante en especial en la religión institucionalizada, al esquematizarse las visionarias revelaciones de los fundadores, se consagraron en efecto dos realidades contrapuestas, el cuerpo y el alma, residencias inconciliables del Mal y del Bien. Creció así la conciencia de un alma separada como posible salvación de un cuerpo acusado como fuente fatal de perdición. Aquella salvación integral que fuera el mensaje original, vino así a subvertirse en una oposición básica, por culpa de la cual no cabía ya sino la desesperación y las complicaciones de un combate sin solución en este mundo. Una "parte" del hombre, la "carne", perdió de ese modo su carácter sagrado, y el mal quedó incluido como un quiste en la naturaleza humana. Una parte del hombre quedó así en pugna con la otra; una ética cándidamente "espiritual" debe desde entonces entablar batalla contra un cuerpo tácitamente culpable. La salvación sólo se concebirá entonces a expensas del cuerpo. El "cuerpo" debe morir para que el "alma" se salve, y habrá de ser en "otra vida". El sacrificio se vuelve así total,

desposando el "sacrificium intellectus" de Tertuliano con el "sacrificium phalli" de Orígenes, sacrificios de la razón y de la carne, esas dos fuentes irremediables entonces del mal. En lo terrenal, queda como única compensación la caridad, como simple fe de erratas de un ego de ese modo vulnerado.

Esa escisión cuerpo-alma abrió las puertas y reservó terreno propio al cientifismo renacentista. Mientras por el lado del alma condujo al "amor místico", a sus consecuencias inevitables de odio y destrucción, y a las intransigencias del ascetismo medioeval, por el lado del cuerpo y la materia se fue fortaleciendo una ciencia unilateral, divorciada de lo espiritual, expresión del materialismo renacentista con Copérnico, Kepler, Galileo y tantos otros, incluyendo ocasionalmente a artistas como Leonardo, con quienes fue creciendo la creencia en una materia autosuficiente. Pero fue sobre todo a partir de Newton que la Física, en especial, se convirtió en una ciencia de amplias y devoradoras ambiciones. Cobró entonces vigencia renovada el atomismo de Demócrito, para quien sólo existía el átomo y el espacio vacío, reduciéndose lo demás a "mero comentario". A partir de Newton, todo parecía explicable por movimientos de partículas de posición y veloci-

dad calculables matemáticamente. Dios y el Espíritu ya no tenían allí nada que hacer. Aquella visión unificadora del Mana primitivo, será vista entonces como superstición y magia, déficit de un espíritu científico todavía nonato. El pensamiento mismo empezó a considerarse como una simple emergencia de movimientos materiales, única realidad que entraba y cabía en los cálculos científicos. Se iba así más lejos, incluso, que el mismísimo Demócrito, quien no había dejado de considerar como residencia del alma "átomos particulares, finos y unidos". Desde Newton, todo, un todo que no lo era pero que aspiraba a serlo, se sometía presuntamente a leyes fijas inquebrantables.

Nacía de ese modo un positivismo materialista de una practicidad y de una petulancia en apariencia irrefutable. Y crecía, junto a él, un ateísmo que encontraba en esas leyes intocables un argumento arrasador para desembarazarse de Dios, así como de toda determinación espiritual. Se propició de ese modo un engrimiento ilimitado. Ejemplo insuperable lo dio Laplace, cuando, luego de oír una sinfonía para la que se le había invitado, preguntó: "-Y eso, ¿qué demuestra?".

Ya en el siglo XIX sobrevendrá un racionalismo presuntuoso, que no veía en el mundo y

en la sociedad sino un mecanismo sujeto a leyes fijas, obra de una Física dogmática que ya no guardaba ninguna relación con el espíritu. Lineal y tajante, el racionalismo separó así los cuerpos de las almas. Desde Galileo, la Física, reduciendo estrictamente la materia al espacio y a sus tres dimensiones, abrió la puerta de la exploración de la naturaleza; pero lo hizo dejando a un lado los seres vivos y, más lejos aún, lo social, que recién se estudiará en el siglo XIX sin relación alguna con la Física. Entre lo orgánico y lo inorgánico, los puentes saltaron, y el hombre pareció destinado a vivir en ese corte, en un desgarramiento al que siguieron otros: así, entre ciencia y poesía, entre las ciencias exactas, cuantificadas y rigurosas por un lado, y las ciencias llamadas "humanas", literarias, por el otro. Nuestra Facultad de "Humanidades y Ciencias", ya en el siglo XX, revela desde el título una dicotomía que siguió considerándose esencial.

IV. LA CULTURA DIVIDIDA

El espíritu será entonces concebido solamente como un lujo, como una mera emanación de la materia, inabordable para el experimentalismo

estricto de la ciencia. Como reacción ante la depreciación despectiva de la carne y la materia, marxismo y sicoanálisis exaltaron lo económico y lo sexual, recurriendo a dos de las manifestaciones más condenadas de la "carne". A una parcialidad, la del espíritu desligado, se opuso simétricamente otra parcialidad, la antes condenada y ahora exaltada con elementos antitéticos de una religiosidad vergonzante. A una religión, se opuso otra religión: la sociedad sin clases como trasposición del Reino de los Cielos, y la confesión sicoanalítica en lugar de la confesión religiosa. Otra consecuencia fue el surgimiento de "artes negativas", de abstención por impotencia, como el no educar (dejando librado el alumno a su espontaneidad), el no expresar (en las artes no figurativas), el no pensar (en filosofías que eluden la significación), el no curar (eliminando terapéuticas agresivas), y ya como un escarnio, el no construir o derechamente el destruir (aplicando la energía nuclear a fines destructivos).

Esa ciencia materialista avanzó estupendamente, en aplicaciones espectaculares, pero siempre por su estricto andarivel, cuya imagen más reveladora son los ciclotrones, en donde el hombre de ciencia observa como chocan y se

destruyen átomos y partículas, vistos sólo como materia pura, sólo buena para golpearse y destrozarse, tal como podría ver a los humanos un superser que los hiciera tropezar unos contra otros, registrando las consecuencias materiales, no observando sino lo que cree poderse observar, mirando por ejemplo las ciudades desde la estratósfera y localizando así lugares donde se mueven los hombres-átomos que estudia, sin ocurrírsele ni remotamente que esos minúsculos conejillos puedan tener alguna clase de psiquismo. Igualmente, si a la materia se la observa solamente en lo que tiene de materia, se encuentra que no es sino materia. Así es como proceden nuestros investigadores científicos.

Ese estrechamiento experimental determinó que surgiera una casta de incondicionales de la ciencia, casta radicalmente divorciada de esa otra, también autónoma, formada por los que prefieren atender exclusivamente los problemas del espíritu. Se volvió de ese modo imposible, o poco menos, ubicarse al mismo tiempo en terrenos tan diversos; por un lado, enterándose de ese universo de propiedades físicas, y por el otro lado, cultivando de otra zona del arte y la actitud humanística en general, lamentable escisión que hace unos veinte años llevó a C.P. Snow a escribir su resonante libro "Las

dos culturas", precisa descripción de la división hoy tan penosa de la sociedad culta en dos grupos extremos: el de los hombres de ciencia, y el de los intelectuales literarios, ignorantes unos y otros de la existencia ajena, incapaces de concebir una intercomunicación restauradora. Y esas dos culturas propiciaron el cultivo de áreas específicas, convirtiendo la convivencia en una Babel irremediable.

Fue en ese sentido que Bertrand Russell denunció la tan difundida tendencia occidental de considerar la "cultura" en general, incluyendo la historia, la literatura, el arte y la filosofía, como una herencia empobrecida del Renacimiento. Ufanos de su ciencia y su sentido práctico, desdeñan así a los "humanistas incapaces de justipreciar las contribuciones de Galileo, Descartes y sus sucesores. Esa parcialización, dice Russell, "convierte hoy los progresos científicos y técnicos en una especie de ejército de tanques que hubieran perdido sus conductores, avanzando de un modo implacable y ciego, sin finalidad y sin rumbo." Para esos tanques ciegos, lo único válido es el desarrollo de la ciencia y sus aplicaciones. Para ello, los "humanistas", estancados en un mundo preindustrial caduco, no son sino obstáculos desdeñables. Ese desprecio es novedad.

Arte y ciencia, para un Aristóteles, o en el Renacimiento para un Leonardo, o Durero, tenían objetivos concordantes. Fue a comienzos del siglo XIX que los métodos y conceptos científicos se volvieron cada vez más abstrusos y fuera del alcance de la generalidad. Y Russell concluye señalando el peligro hoy creciente de que la teoría y la práctica moderna de los físicos nucleares conduzca inexorablemente a la destrucción masiva de la humanidad.

Esas concepciones restringidas explican la escasez hoy endémica de creadores capaces de concebir, en el campo científico, modos más amplios de ordenar y caracterizar la experiencia, de crear una metafísica que coordine esos aspectos artificialmente diferenciados. Las cualidades necesarias de creatividad aparecen excepcionalmente. Un Einstein, un Planck, y muy pocos más, lograron colmar las lagunas que presentaba el orden científico consagrado con una nueva visión nacida de una inspiración exterior a la experiencia. Como decía Einstein: "No hay ningún camino que lleve de la experiencia a la creación de una teoría". La inspiración es siempre necesaria. Y cuando alguien se atreve a formular una nueva teoría, la rutina de los hombres de ciencia los lleva a negarles su reconocimiento, a veces por lapsos considerables.

De ahí que Planck afirmara que "una teoría nueva nunca triunfa; son sus adversarios quienes terminan por morir". Imaginar, crear, es una tarea difícilmente compartida. Las teorías de Newton no pudieron inicialmente ser comunicadas sino en reducidísimas ediciones de 200 ejemplares. Y recuérdese el caso de Galileo, rehabilitado por la Iglesia recién después de 400 años, de Aristarco antes, y de tantos otros, de Mendel, Maxwell, y el caso de Giordano Bruno, a quien se le infligió la muerte sin esperar a que se murieran sus contradictores. Las teorías de Einstein demoraron décadas en ser reconocidas, y aún ahora no lo son sino parcialmente. Y es que la dimensión metafísica que tienen esas amplias concepciones son juzgadas siempre por los hombres de ciencia como anticientíficas, como veleidades metafísicas, por contradecir el repertorio de dogmas que constituyen el acervo consagrado.

Thomas S. Kung, en "La estructura de las revoluciones científicas" distingue así la "ciencia normal" de la "ciencia revolucionaria", y aclara que "el progreso de la ciencia no se obtiene por acumulación de conocimientos, sino más bien por saltos o revoluciones mediante los cuales un antiguo esquema o paradigma de explicación de los fenómenos es puesto en cuestión

y sustituido por otro". Así fue que el paradigma copernicano sustituyó al paradigma ptolemaico. En los períodos de "ciencia normal" sólo se resuelven rompecabezas programados de acuerdo a normas fijas. La filosofía queda entonces a un margen. En cambio un Einstein fue influido por el filósofo Mach, y así fue que revolucionó los paradigmas de Newton. Otras veces el factor revolucionario es un sentimiento estético, una intuición de lo bello como sentido afinado de las conexiones de un todo, sentido que la "ciencia normal" es incapaz de atender. La ciencia "normal" no piensa, decía Heidegger; es decir que no atina a cuestionar sus paradigmas, y no llega así a vivir esa "revelación" de algo que a veces se hace visible de modo repentino. Es la inspiración del artista, de quien mira desde ángulos inéditos, desde puntos de vista que abarcan realidades de más vasto radio. Toda creación tiene así algo de revelación religiosa. Pero de eso ya hablaremos después.

En el Congreso Científico de Washinton de 1976 se puso énfasis en esa separación entre "las dos culturas" y en la consiguiente deshumanización del trabajo como causas del desaliento, inestabilidad y desconcierto del hombre moderno. Se subrayó la necesidad perentoria de

un punto de encuentro, de un contacto comprensivo entre "científicos" y "humanistas", de una unidad que determine un rumbo más esclarecido y promisor para la humanidad. El hombre debe renunciar a comprometer su razón en el tembladeral de las soluciones parciales. Debe mirar todo desde una cierta altura, para poder pensar así con la debida amplitud. Vivimos en la crisis de una Humanidad -decía Max Gallo- que no llega a constituirse verdaderamente en Humanidad, sumergida en un mundo incapaz de llegar a ser un mundo. Entre nosotros, es el psiquiatra Mario Berta quien señaló por su parte que mientras "los místicos comprenden las raíces del Tao, pero no sus ramas, los científicos comprenden sus ramas pero no sus raíces". Ciencia y misticismo no se necesitan en consecuencia entre sí, falta una interrelación dinámica entre intuición mística y análisis científico. "El hombre -agregó Berta- vive evitando asumir la bipolaridad de su existencia y pone el acento, en general, en los aspectos positivos y placenteros, rechazando los negativos de la existencia para proyectarlos fuera, en los otros".

Vive -agregaríamos- adormecido en su disociación. Como dice Jacques Juliet, más que un saber de orden intelectual, es necesario "un

estado de iluminación y vastedad, una extrema liviandad interior", que nos permita comprender lo que han experimentado los grandes místicos, los grandes creadores. E intentar así restituir lo que más radicalmente es, en todas sus manifestaciones, sin tener que optar con exclusividad entre el arte y la ciencia, entre lo particular y lo general.

V. ENCRUCIJADA DE LA CIENCIA ACTUAL

Sobre las relaciones que deberían guardar las ciencias con la vida y con la estética, Whitehead dijo asimismo cosas importantes:

"Si consideramos la naturaleza, con abstracción de la noción de vida, nos queda una actividad en la que nada se efectúa con fundamento, en la que todo es pura sucesión. La filosofía positivista adopta esta actitud ante esa irracionalidad última. Actualmente el mundo científico sufre de un ataque de positivismo estúpido. Se nos dice que no hay otra cosa que la rutina descrita en las fórmulas físicas y químicas, y que en el proceso de la naturaleza no existe nada más. El origen de esta convicción es el dualismo relativo a la mente y a la naturaleza que nos ha obsesionado continuamente desde 1600. El efecto de esta aguda división entre la naturaleza y la vida ha envenenado toda la filosofía posterior. Para algunos, la naturaleza es ne-

ra apariencia y la mente la única realidad; para otros, la naturaleza física es la única realidad y la mente es un epifenómeno. No hay fusión de ambas. La doctrina que sostengo consiste en afirmar que ni la naturaleza física ni la vida pueden ser comprendidas si no las fundimos y las consideramos como factores esenciales en la composición de las cosas "realmente reales", cuyas interconexiones y caracteres individuales constituyen el Universo" (p.380 de "Siete sabios" de Van Mesep). "Una de las causas que ha contribuido eficazmente a estos errores desastrosos, es la creencia científica conforme a la cual la materia en movimiento sería la sola realidad conocida en la naturaleza, de manera que los valores estéticos sólo constituirían accidentes sin importancia". "Los valores últimos han sido excluidos. Se les ha saludado cortésmente, después de lo cual se los ha entregado al clero para ser servidos los domingos". "Pero es imposible que la civilización no se levante jamás de las consecuencias de la mala atmósfera con que se la ha devastado al introducirse el maquinismo, que invadió todo el sistema occidental de las razas del Norte de Europa, y el materialismo científico (y de sus consecuencias en la escuela industrialista) y el liberalismo económico, así como de la concepción de los cuerpos y los espíritus como sustancias individuales independientes". "La filosofía perdió todo contacto con la ciencia, sobre todo en los dos últimos siglos, en que la cosmología derivada de la ciencia se ha asegurado la supremacía a expensas de todo otro punto de vista". "La independencia atri-

buida a los factores corporales, en Descartes, los alejó por entero del dominio de los valores".

Nos perdonará el lector que abundemos en citas, pero es que creemos pertinente señalar en esas autorizadas opiniones una coincidencia muy significativa en señalar la penosa distracción que aqueja al hombre actual, aún a los muy diestros practicantes aferrados a una dogmática cientifista de alas cortas. Y son los mismos hombres de ciencia, cuando atinan a enjuiciar globalmente su tarea, quienes corroboran la desorientación que señalamos. Siendo el cerebro, de cuya materialidad emanaría, según la concepción predominante, lo psíquico o mental, nada así más oportuno que reseñar las conclusiones a que llega un eminente especialista como H.C. Crick, al cerrar una profusa y muy reveladora entrega de la publicación "Investigación y Ciencia" (Nov.1979), en la que se detallan las experiencias más extremadas que se llevan a cabo actualmente.

Bajo el título "Reflexiones en torno al cerebro", Crick llega a las siguientes conclusiones:

"El modo de funcionamiento del cerebro humano sigue siendo todavía profundamente misterioso (...) No encontramos ninguna explicación, ni siquiera a grandes líneas, e es esbozo (...) Algunas capacidades humanas se resisten a

nuestra manera actual de entenderlas. Sentimos que hay ahí algo difícil de explicar, pero resulta casi imposible decir clara y exactamente en qué consiste la dificultad, lo cual sugiere que acaso sea incorrecto todo nuestro modo de plantearlo (...). Habría algo así como vías de computación que actúan sobre sí mismas, pero no se sabe cómo (...). El número de sinapsis o conexiones entre las neuronas es diez mil billones, y el número de neuronas cien mil millones. Cada neurona tiene a su vez millares de entradas. (Para el estudio del cerebro se usan métodos groseros) como extirpar una parte y ver como se afecta su funcionamiento. (Se ignora cómo se relacionan entradas y salidas); no hay la menor idea. La psicología resulta frustrante, trata al cerebro como si fuera una caja negra; se estudian entradas y salidas y se intenta deducir la estructura dentro de la caja, (método que es) de posibilidad remotísima. (Se colorean neuronas y se trata de ver cuáles otras se colorean). Falta evidentemente un amplio marco de ideas dentro del cual puedan interpretarse coherentemente todos nuestros enfoques (...). Las perspectivas no son nada alentadoras. Nos queda un largo camino por recorrer".

Todo muy sugestivo. Sobre la célula, la misma publicación expresa (julio 1979):

"Hasta ahora no se ha hecho más que rozar la superficie (...). Es de esperar que el futuro aporte un gran número de enfoques nuevos, pues una ampliación interdisciplinaria debería conducir a un conocimiento en profundidad de este fenómeno fundamental de la célula (...). Parece ser que los

movimientos celulares están determinados por algún tipo de computadora química cuya naturaleza está más allá de nuestros conocimientos actuales."

Y Laborit, una autoridad, escribía no hace mucho:

"La neuroquímica y la neurobiología están todavía en su infancia". "Estamos todavía deficientemente informados sobre los mecanismos que ordenan el funcionamiento cerebral (...) Nuestros conocimientos son mucho menores a niveles más finos".

Un trabajo del Coloquio de Stanford contiene esta otra observación: "Parece necesario establecer puentes entre disciplinas que son como islas en un mar de ignorancia". Reconocimiento al que en el Coloquio de Cerisy la Salle (junio 1981) se agrega una nota de esperanza, a la que nos adscribimos: "Una nueva filosofía de la naturaleza está a punto de nacer", para lo cual se estudia la capacidad de la materia de autorganizarse. Situación que desarrollaremos.

VI. LA IMPORTANCIA DE LO ELEMENTAL

El pensar, el "cogito" de Descartes, es una evidencia primera para nosotros, "algo" que nos atañe, y que es dependiente de lo que constituye nuestro cuerpo. Digamos por ahora que ese

"algo" es, según criterios comunes, en parte una actividad que se relaciona con nuestro cuerpo, en parte un "alma" que se reserva cierta autonomía. Para los biólogos "reduccionistas", que son legión, lo viviente se reduce, precisamente, a interacciones físico-químicas; el espíritu no sería sino una ilusión, un reflejo sin validez propia. Entre esas interacciones, se privilegian en general las que ocurren en el cerebro; y en el cerebro hay unidades, las neuronas, que serían la residencia y el centro decisivo de toda actividad psíquica. Esa es la opinión corriente, a la que se adscriben tanto los científicos como los profanos.

Es curioso comprobar la terquedad con que el hombre de ciencia se aplica en general a estudiar la físico-química del cerebro, sin que en sus planteos entre para nada el espíritu, ni como presunción ni como factor eficiente, como si esperara que el pensar se evidencie de manera imprevisible.

Hay un razonamiento, que expresara sencillamente Diderot, y que por motivos de invulnerable sentido común revela la inanidad de esa tendencia reduccionista. Sabemos en efecto que la neurona es una célula compuesta por átomos, compuestos a su vez por protones, neutrones y electrones, todos ellos muy separados entre sí

con relación a sus volúmenes propios. La célula es así un conjunto altamente disperso de partículas, y estas partículas, para la Física, son de índole puramente material, ajenas por lo tanto a toda manifestación de vida. Y aquí es que nos habla Diderot:

"Suponer que poniendo al lado de una partícula muerta una, dos o tres partículas muertas, se formará un sistema de un cuerpo viviente, es establecer, me parece, un absurdo muy fuerte, o no sé lo que digo. ¿Qué! La partícula A situada a la izquierda de la partícula B no tenía conciencia de su existencia, no sentía, era inerte y muerta; y héte aquí que la de la izquierda se pone a la derecha y la de la derecha se pone a la izquierda, y el todo vive, tiene conciencia, siente! No es posible. ¿Qué papel juegan aquí la derecha o la izquierda?" (Carta de 1759 a María Volland).

Lo dicho por Diderot es incuestionable: con cosas muertas no podemos concebir que se componga algo vivo; componentes sin Espíritu no pueden formar algo con Espíritu. Cuando una orquesta ejecuta una sinfonía, quienes la ejecutan son sus componentes; si éstos no fueran músicos, nada podría obtenerse. E igual ocurre con la cultura de un país; es en los hombres que lo integran donde reside. Haberse detenido en la neurona, al internarse el biólogo en busca del Espíritu, es una consecuencia de haber re-

servado previa y exclusivamente a la Física clásica las partículas más elementales que aparecen si continuamos esa internación. El Espíritu, según estaba decretado, no entraba en la organización del átomo. Y aquí tendríamos que recurrir a otro campeón del sentido común, el viejo Lucrecio, quien postuló, con la limpia concepción de los iniciadores, que toda explicación debe partir de los componentes más elementales, y que nada tiene vigencia si no tiene su raíz en esos componentes. Y lo elemental, en el cerebro, no son las células, sino los protones y electrones.

Según la experiencia más común, el Yo existe y se patentiza por lo que llamamos Espíritu, y es con nuestro cuerpo que está evidentemente relacionado. El cuerpo aparece como el sostén indispensable del Espíritu. Suele verse así la materia como exterior al Espíritu y al mismo tiempo implicada necesariamente, contradicción que nos obliga a pensar que el Espíritu no pertenece al mundo exterior. Nuestros cuerpos sí, están en la exterioridad. ¿Dónde reside entonces la actividad espiritual?

Observando distintas actividades de las células de nuestro cuerpo, maravillosos procesos que exceden toda posible explicación físico-

química, como dice el sabio Hofstadter al observar fenómenos intercelulares que podrían creerse físico-químicos, "llega el momento en que vemos algo mágico que está ocurriendo allí, algo creativo", iniciativas imprevisibles, imposibles de atribuir a materias muertas y que pueden observarse por miles de millones, como las que se registran v.gr. en el proceso que lleva del óvulo fecundado al niño naciente, todo aparece como un indudable testimonio de una presencia de carácter espiritual. Y es dentro de cada cuerpo celular que se cumplen esos complejísimos procesos. Fuerza es creer entonces que es dentro de las células, en materias elementales, que reside esa capacidad de iniciativa. Esas partículas viven, deciden, eligen, cada una de por sí, y se combinan por propia decisión con las demás; como los músicos de una orquesta, ejecutan maravillosas sinfonías. ¿Qué otra cosa podría ser entonces nuestro Espíritu sino una manifestación armoniosa de ese coro formado por las partículas elementales? Pero -se preguntará- ¿cómo es posible que tantos trillones de componentes puedan desembocar en esta inconfundible sensación de unidad que nos procura la conciencia del Yo? Cumpliendo cada uno su particular tarea, aparentemente independiente, logran, en efecto, una concertación mil ve-

ces admirable. Y el argumento de Diderot nos impide deducir que lo que determina esa sapiencia es meramente su posición relativa, una distribución especial; es en esas partículas mismas en donde debe forzosamente residir la capacidad espiritual manifiesta en lo que hace cada una y en su armonización total con las demás. Se cumple así lo dicho por Thales: "Todas las cosas están llenas de Dioses"; y también lo de Anaxágoras: en ellas opera el Nous, esa presencia psíquica que determina su comportamiento.

Son esos mismo "Dioses" los que autores renombrados aunque adocenados, como Villée en su "Genética" llegan a reconocer; pero, eso sí, en las "células", ya que los electrones siguen siéndoles terreno vedado y cedido a los físicos. Villée señala en efecto que los rasgos heredados son transmitidos por los genes "en forma de un código de tripletos seriados de nucleótidos constituyendo la doble hélice de la molécula del ADN", información -agrega- que es "leída" (¿cómo dice? ¿quién es el que lee? ...) a fin de ser aprovechada. Reproduce así la tan genial como superflua "virtud dormitiva" con que Molière, por boca de un pseudo sabio, explicaba el por qué el opio hace dormir ... Y aquí la "explicación" es otra vez la geometría, una disposición especial, "hélice" y "tripleto se-

riados" como causa de esa virtud explicativa, sin querer reparar en la actividad de los electrones que casualmente subtienden todo eso...

VII. LAS IDEAS DE TEILHARD DE CHARDIN

Llegó el momento de referirnos a quienes actualmente, como el francés Jean Charon, con más resolución y sapiencia, extraen conclusiones y completan desarrollos que creemos de consecuencias importantísimas. Reconoce el mismo Charon, autor de varias obras de sumo interés -"L'esprit, cet inconnu" (1977), "Théorie de la Relativité complexe" (1977), "Mort, voici ta défaite" (1979), "Le monde éternel des Eons" (1980)- antecedentes importantes. Entre ellos, el primero a mencionar es Pierre Teilhard de Chardin, religioso y antropólogo, quien adelantó al respecto conceptos de indudable valor.

El Universo, dice en síntesis Teilhard, está fundado en pensamiento y no en materia. El Universo es un designio, una organización, o más bien "la" manera de que todo constituya un Todo. La intuición de esa grandiosa Unidad es la que explica la existencia de ciencias por otra parte tan desvalidas como la astrología; y es que tantos millones de estrellas ¿no son acaso más

reales que la pequeñísima de un yo confinado en esta cascarita de nuez en que vivimos? ¿No es perdonable buscar una explicación en tan vasta inmensidad?

Dice Teilhard: mientras la materia aborda por el físico exhibe una energía "tangencial", el pensamiento es expresión de una energía "radial", interiorizante, que se transforma en psiquis. El pensamiento no es así un accidente de algo no pensante, la materia, sino que es lo esencial. O mejor dicho: no hay dualidad materia-espíritu, sino una unidad sustancial, una realidad unificante. La materia es lo aún no incorporado, lo "pre-viviente"; y no por decreto de un creador exterior, de una trascendencia, sino que reside en una inmanencia progresiva, en un proceso "neguentrópico". Aclaremos: "entrópico" es el proceso de degradación de la energía, hacia un equilibrio térmico final o calor general no aprovechable, disolución y desorden de toda posibilidad de energía. Por el contrario, el proceso "neguentrópico", o no entrópico, es al contrario una potenciación, una creación de energía disponible. Su ejemplo más evidente es la vida, con sus facultades de asimilación, reparación y reproducción. El ascenso del Espíritu, según Teilhard, es así automático, hacia una culminación general, o pun-

to "Omega", final coincidencia consigo mismo de lo que esencialmente es.

Tal concepción es conciliable con la religión católica, pero la Iglesia la mantiene prudentemente a un margen, no desechándola, aunque tampoco aceptándola. Para Teilhard, "el corazón de Cristo universalizado coincide con el corazón de la materia amorizada"; "materia, vida y hombres, todo forma un bloque solidario". El mundo es un movimiento de complejificación, una evolución que, en lugar de la secuencia dialéctica tesis-antítesis-síntesis, cumple la menos rígida de divergencia-emergencia-convergencia. Esa Evolución es irreversible, no importa que el Sol se extinga y el hombre desaparezca.

Hay dos abusos que Teilhard denuncia: uno, el de los científicos que sólo aceptan lo experimentable dentro de sus posibilidades restringidas; y el otro, el de las representaciones religiosas que se autoconsideran única expresión posible de un dogma. Exalta Teilhard la libertad del hombre como vía de coincidencia con la presencia divina. Creer en Dios es creer en el mundo, en un ascenso hacia la integridad de amor que es el destino de la totalidad.

La materia, que originalmente sería algo inerte, evoluciona según Teilhard hacia lo viviente, y luego hacia lo pensante. A cada par-

tícula de materia le corresponde una psiquis rudimentaria, o difusa, que en los seres vivos concurre a formar la conciencia individual. Charon no lo acepta, y se basa en Diderot; este espíritu difuso -afirma- tiene que haber progresado como para llegar a ser capaz de integrarse a las complejidades de la vida. La unión puede agregar algo, más posibilidades de intercambio, pero nada lograría si cada grano de materia no dispusiera de espíritu. Decir "nuestro Espíritu" es aludir a esa concertación de espíritus elementales. Asombra pensar que para formar una célula media se necesita un trillón de partículas elementales. Son esas partículas las que "progresan", contra lo supuesto por Teilhard. Y entre esas partículas, Charón atribuirá esa propiedad espiritual a los electrones. Ya veremos por qué.

VIII. EL ELECTRON, MICRO-AGUJERO-NEGRO

No intentamos hasta ahora sino dar razones de sentido común, impresiones que creemos convincentes, lo que nos inculcara Diderot, y lo que se basa en una observación desprejuiciada de lo que puede observarse en el funcionamiento intercelular. Vamos ahora a recurrir a razones

más concretas. Las teorías de Einstein y algunos fenómenos astronómicos ocuparán un lugar preponderante.

Veamos en primer lugar de qué manera puede y debe entenderse la realidad física hoy mutilada por interpretaciones de un materialismo inconducente. A grandes rasgos, en gran parte reconocidos por la ciencia actual, la siguiente es una descripción que facilitará la comprensión de lo que ahora se propone.

Supongamos que representamos cada nucleón de los átomos por una esfera de un centímetro de diámetro. El nucleón más cercano aparecería a unos cien metros de distancia. Pues bien: pese a esa notable dispersión, en uno solo de nuestros dedos hay miles de trillones de átomos. Esa cantidad inmensa no impide pues que, pese a su apariencia maciza, la realidad de la materia se parezca al vacío.

Cada nucleón está formado de protones y neutrones, estados distintos de partículas análogas, una con carga positiva y la otra sin carga.

A unos 50 centímetros de nuestro nucleón de un centímetro, se registra por sus efectos magnéticos la existencia de partículas de carga negativa: los electrones. Y lo curioso es que, estudiados a través de sus interacciones con

otras partículas, no se les reconoce directamente ninguna dimensión. Se comportan como si fueran puntos matemáticos. Pero tienen masa propia no nula, aunque mucho menor que la del protón, y que aumenta algo al adquirir velocidad, de acuerdo a las teorías de Einstein. Se deduce que deben tener volumen; pero surge entonces la pregunta inquietante: si no registramos su volumen en este espacio, ¿dónde está el electrón?, ¿dónde se ocultan esos misteriosos imanes?

Einstein, al querer hallar con sus fórmulas el domicilio del electrón, encontró que se expresaba con un valor imaginario, tal como $\sqrt{-1}$. Ningún número real, ni positivo ni negativo, elevado al cuadrado, da resultado negativo. Cuando se representan los números reales en una recta, se ubican los positivos a la derecha y los negativos a la izquierda. No quedaban así lugares para los números imaginarios; hasta que se decidió ubicarlos en otra dimensión, levantando una perpendicular en el origen.

Pero para Einstein no parecía haber solución, pues disponía en el espacio de tres dimensiones que ya estaban ocupadas. Así que al encontrarse con un valor imaginario, no se le pudo ocurrir trazar una nueva dirección donde representarlo. Y fue aquí que tuvo Charon una ocurrencia ge-

nial: además de las tres dimensiones del espacio —pensó— debe haber otra, hacia un "adentro" del espacio, no visible para el hombre, quien vive en este "fuera" del espacio que puede ver y recorrer. Y el electrón estaba entonces en ese "dentro".

Esa solución parecía arbitraria, indemostrable. Pero Charon encontró una manera de volver su idea más creíble. Se basó para ello en otra concepción de Einstein, hoy totalmente aceptada: la de que el espacio se "curva" en las cercanías de los cuerpos pesados. De este modo, una estrella determina una especie de abolladura, que en la figura representamos por una línea, pero que en tres dimensiones rodea a la estrella por todos lados. Si, como acontece en su agonía, la estrella concentra su masa en menor volumen, la deformación del espacio se va convirtiendo en una especie de dedo de guante, aunque no hacia abajo, como en la figura, sino hacia "adentro", lo que es irrepresentable en el dibujo. Y llega el momento, cuando la estrella aumenta su densidad cientos de miles de veces, que la curvatura del espacio aumenta a tal punto que la estrella desaparece del "fuera" del espacio en donde nosotros vivimos, de manera que ya no la vemos más, advirtiéndose su existencia por las fuerzas gravitatoria y magné

tica que emergen de ese bolsón cerrado. Se ha producido un desplome total hacia dentro del espacio. Y así es que se forman los hoy famosos "agujeros negros", llamados así por su invisibilidad y por su ubicación reducida a un punto, a ese punto donde están en contacto los espacios de "dentro" y de "fuera". (fig.1)

Ahora bien: el electrón se comporta de la misma manera que la estrella del agujero negro. Aunque su masa es chica, dividida por el volumen que lo es muchísimo más, da entonces una densidad muy grande, de manera que el espacio se cierra alrededor del electrón, el que desaparece del "fuera" del espacio y se esconde en el "dentro". Constituye así un "micro-agujero negro", situado en el lado invisible del espacio. Aquel valor imaginario que Einstein no acertó a ubicar, recibe así una interpretación. Y de ahí que Charon pudiera entonces ampliar la Teoría de la Relatividad Generalizada y crear la que en 1977 llamó "Teoría de la Relatividad Compleja".

Claro que ese "dentro" del espacio tiene que escandalizar a muchos, no sólo al hombre común, sino en especial al científico atrabiliario, reacio a toda innovación radical. Sin embargo, Kant había previsto filosóficamente una situación así, pues demostró que una cosa es el mun-



FIG. 1



EINSTEIN

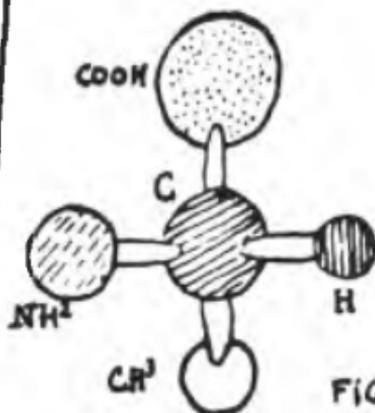
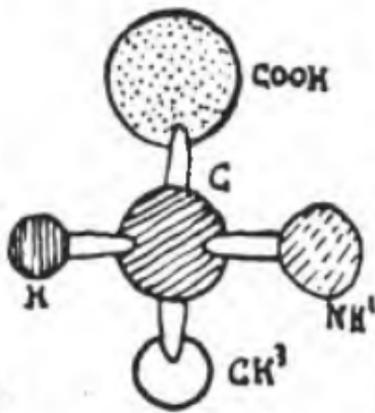


FIG 2



MOLECULAS IMAGEN DE LA ALANINA

do del fenómeno visible y perceptible, y otra cosa es la realidad en sí, el "noumeno", inaccesible para nuestra percepción, la que se produce forzosamente dentro de las categorías del tiempo y del espacio tridimensional. Con ese espacio "dentro" que ahora se postula, no se hace así otra cosa que levantar una punta del velo y vislumbrar algo de esa realidad que comúnmente se nos oculta.

Por otra parte, si con Einstein ya se había admitido que el espacio "se curva" (lo que al principio pareció escandaloso), la teoría de Charon fue solamente un paso más, el que conduce a convertir esa curvatura en un bolaón que ya no puede estar contenido en nuestro espacio.

Admitida pues esa explicación, se deducen consecuencias sugestivas. Y en primer lugar, que aplicando en ese neo-espacio las fórmulas de Einstein ampliadas por Charon, el espacio y el tiempo permutan entre sí las cualidades que los caracterizan en nuestro mundo material. El espacio se comporta allí como nuestro tiempo, y el tiempo toma el comportamiento del espacio. En un agujero negro es pues el espacio el que "transcurre", desplazándose en un presente constante. Se deduce también, aunque no lo podamos tampoco imaginar sensorialmente, que la entropía o degradación de la energía disminuye, au-

mentando en cambio la neguentropía, estableciéndose ordenaciones superiores como posibilidad creativa.

Agreguemos que los electrones presentan iguales características que los "pulsares", estrellas agonizantes que giran a enormes velocidades. Giran en efecto los electrones, cuya dimensión en ese "dentro" es un billonésimo de milímetro, con pulsaciones rapidísimas de cuatrillonésimas de segundo, los que hacen variar sus diámetros de uno a diez. Su temperatura media es de un billón de grados centígrados, y es como si estuviera lleno de luz a altísima temperatura, es decir de fotones, granos elementales sin masa, constituyentes de toda radiación electromagnética, y que giran dentro del electrón en distintas órbitas y a velocidades variables. De la pequeñez de los electrones da una idea el hecho de que en un centímetro cúbico del espacio en torno a la tierra existen miles de millones de electrones de todas las edades, más electrones que estrellas hay en el cielo, casi todos creados con la explosión inicial hace 16 mil millones de años. Su número total en el Universo es así fabulosamente grande. Conviene aclarar que los protones y neutrones que forman los protones tienen una masa casi dos mil veces mayor, pero debido a su tamaño el espacio no

se curva en su torno como para cerrar el bolsón que los contiene. En cambio los positrones, análogos a los electrones pero con carga positiva, también son micro-agujeros negros, aunque su cantidad es enormemente inferior.

IX. LA ACTIVIDAD PSIQUICA DEL ELECTRON

Estamos ahora en condiciones de entender por qué se puede atribuir actividad psíquica al electrón. El tema es tabú para el hombre de ciencia actual, quien no soporta estas intromisiones del "espíritu" en sus vedados recintos donde impera sin mayor problema.

Adoptemos la división en cinco funciones características de toda actividad espiritual: conocimiento, memorización, reflexión, acto y amor.

-CONOCIMIENTO.- ¿Cómo se entera un electrón de lo que ocurre "fuera"? Basándose en estudios hechos por Feynmann sobre los fotones, se sabe que cualquiera de ellos puede recibir impulso a la distancia de algún fotón exterior. Ya que el efecto es recíproco como la acción y la reacción, hay conservación de energía. Puede haber también intercambio de "spin", o momento angular de cada fotón, igual a la energía de rota-

ción multiplicada por el período. Tales efectos son así información que se recibe del exterior. (Esta suposición de Charon parece irrefutable. Aunque puedan introducirse algunas modificaciones de detalle, esa intercomunicación a distancia debe forzosamente recurrir a alguna influencia electromagnética. Sólo cabe imaginar que se llegue a un lenguaje en donde las nociones de partícula y la de fotón, que son resabio en parte de nuestra usual percepción de la materia, resulte reemplazada por la noción de campo, con sus modificaciones en función del espacio).

-MEMORIZACION.- La alteración (o información) recibida por cada fotón, perdura indefinidamente, pues ya vimos que en el "dentro" el tiempo no transcurre. La memoria es así total e inextinguible. Y como eso sucede desde hace 16 mil millones de años, la información recordada es enorme en cantidad, aunque pueda ser pequeña en cada interacción. Ni que decir que esa memoria es muy superior a la de las computadoras, en donde, para acumular un recuerdo, es necesario borrar otro.

Una aclaración que viene al caso hacer, es el por qué el electrón es considerado eterno. La razón de su estabilidad total es que no puede desintegrarse de ningún modo, y no puede porque no existen partículas de carga negativa

y de masa inferior en las que pueda descomponerse. El electrón pertenece a la familia de los leptones, partículas livianas, y no hay otras que sean negativas y más livianas. En cambio el protón es un barión, de masa casi dos mil veces mayor, y puede descomponerse en muones y mesones, aunque es muy improbable; su vida media es enorme, un quintillón de años, pero hay tantos protones, que siempre hay algunos protones desintegrándose.

-REFLEXION.- Supongamos que un fotón del electrón pasa del spin +1 al spin -1; simultáneamente otro spin pasará de -1 a +1 , como si fuera la imagen en un espejo. De ahí que corresponda el nombre "reflexión". La nueva situación depende de la situación general, de ahí que, como en los humanos, el resultado de la reflexión, por ser el producto de la combinación de una serie de informaciones recogidas eventualmente por los electrones, tenga en cada caso cierta originalidad, propia de toda actividad espiritual. Solamente en un estado de amplísima información se producirían así resultados idénticos; sería una coincidencia correspondiente a la sabiduría total. La tendencia hacia tal estado siempre existe, dada la ganancia de ordenación derivada de la calidad neuentrópica del espacio de "dentro". La reflexión, además,

no consume energía, pues se produce por acciones y reacciones iguales y opuestas, cuya suma energética es físicamente cero.

Charon hace al respecto una arriesgada observación: el electrón, dado que puede elegir la configuración informacional, debe tener una especie de iniciativa, intercambiando o no impulsos con el exterior. Esta observación -creemos- es muy dudosa; bien pudiera ser que ese intercambio sea exigido por la configuración informacional existente, que sea una resultante inevitable, y que dicha situación puede ser llamada "deseo" del electrón. Pero es difícil establecer si se trataría de una simple cuestión de palabras. Decir que "elige", o que "desea", equivaldría tal vez a introducirnos en la Metafísica, suponer una "voluntad", un "elán vital", una "intención", que podría depender de una "voluntad" general.

Hemos rozado aquí un problema realmente vertiginoso, desde que incide en el arraigadísimo prejuicio con que todos privilegiamos naturalmente nuestra autoconciencia y la índole que creemos irreductible de nuestros sentimientos. Hay algo en efecto que nos cuesta comprender, y a muchos ni siquiera concebir: que la actividad puramente material, tal como la hemos descrito, de los fotones, dé origen a sentimien-

tos. En "Ciencia e I." N° 58, Douglas R. Hofstadter encara ese problema con respecto a las computadoras: ¿pueden llegar a emocionarse?, ¿pueden llegar a adquirir conciencia de sí mismas? Parece en primer instancia increíble esperar que computadoras más complicadas puedan llegar a emocionarse y a tener conciencia como la tenemos nosotros. Sin embargo ... en nuestra mente son incontables los componentes, pulsiones, reflexiones trucas, recuerdos contradictorios y, al mismo tiempo, insuficiencias que tienden por sí mismas a completarse; todo eso tiene como resultante esa conmoción o repercusión que llamamos emoción, e incluso, ya en nivel superior, lo que llamamos conciencia, especie de auto-visión de esos estados. Pueden producirse así estados de tendencia, de deseo, que no son sino actividades que, por sí mismas, no pueden subsistir en estado incompleto, o hacen sentir esa insuficiencia. A ese estado resultante le llamamos angustia, emoción, conciencia. Aparece algo así como un interés en algo, algo intencional, que puede producir saltos cualitativos. "La conciencia del propio ser puede emerger de una red intrincada de circuitos". "La mecanicidad de los ácidos nucleicos y enzimas se completa con cosas imprevistas, algo muy antiguo". Deduce DSH que "las personas somos má-

quinas", es decir que esta vida psíquica tan distinta al parecer de lo físico-químico, no es sino una manifestación de estados materiales complicados. y aquí, aunque DRH no lo deduzca palmariamente, es que sus reflexiones no vienen a ser sino una ratificación involuntaria de la actividad de los fotones electrónicos como vida psíquica. Y después de todo: ¿qué otro origen tienen las ideas de DRH y las mías?, ¿qué otra procedencia más aceptable que la de lo elemental, de lo que ya no puede remitirse a otra cosa? Es decir, no ya a las neuronas, ni a los átomos que las componen, sino a los electrones y su contenido de fotones.

-AMOR.- El intercambio de información puede a veces producirse entre un fotón de un electrón, y otro perteneciente a otro electrón, sin influencia del espacio de "fuera". De fotón a fotón, o de electrón a electrón, a esa influencia Charon la denomina "Amor". Es como el intercambio directo entre persona y persona, de "dentro" a "dentro". Nace, como entre los humanos, de una afinidad o simpatía profunda; más concretamente, de una alta conveniencia mutua. Esa relación no es común ni fácil, pero de intensa efectividad cuando llega a producirse. Es una forma superior del conocimiento, de Espíritu a Espíritu, reconocidos mutuamente en

lo que tienen de complementarios.

-ACTO.- Ya la reflexión era un "acto", pero de vigencia interna. Pero esa reflexión, estimulada por una situación exterior nueva (que conoce por interacciones de fotones) y de acuerdo a la memoria que conserva de situaciones análogas, puede provocar otra modificación en fotones exteriores, creando informaciones en otros electrones y los desplazamientos derivados. Puede decirse entonces que se ha efectuado un "acto". Todo esto tarda más en decirse que en realizarse, dadas las enormes velocidades de giro y de trasmisión. Ese acto nacería de una necesidad del electrón, de modo que vuelve a ser factible la suposición de una "voluntad", salvo que se reconozca ese acto como resultante fatal de una situación informacional, de acuerdo a leyes que aún no estamos en condiciones de considerar. Que esos actos existen, la observación microscópica de muchísimos procesos internos de las células no dejan lugar a duda alguna. En la mitosis, por ejemplo, el biólogo puede admirar la maravillosa destreza con que ínfimas partículas van conduciendo el proceso de la división celular, en cuyo proceso la elección de medios, la prevención de obstáculos y la precisión de los desplazamientos, superan lo que, en problemas a nuestra escala, podemos

lograr los humanos sirviéndonos de nuestra imperfecta conciencia. (Fig.3)

Cabe precisar que estos actos no suponen gasto de energía que, de producirse, conduciría a una disminución de masa y finalmente a la destrucción del electrón. La energía se obtiene en efecto por cambios virtuales entre fotón y fotón, entre los cuales los electrones eligen los que les conviene. De ese modo, el electrón consigue promover en el exterior las reacciones químicas y los desplazamientos necesarios, algunos de ellos productores de la energía que necesita. En la materia "viva", llamada así por observarse en ella esas transformaciones creadoras, en el cuerpo celular, por ejemplo, el biólogo puede admirar movimientos complejos y síntesis sorprendentes, sin que sea posible atribuirlo a leyes químicas conocidas. Y es que no es la materia muerta la que actúa, sino el Espíritu, aunque al físico "racionalista" escandalice tal atribución.

Cuántos -ya lo sabemos- no podrán retener su escepticismo ante cuanto queda dicho: ¿Pensar, estos puntitos?, ¿emocionarse, soñar? Y a ellos, la respuesta: ¿Y qué somos nosotros sino esos puntitos?, ¿qué es nuestro cerebro "pensante" sino partículas separadas por espacios cien mil veces mayores que ellas mismas?

Sabemos también que no es fácil desvirtuar ese "sentimiento" de que algo tan sometido a fuerzas físicas como el electrón pueda disponer de una capacidad propia de decisión. ¿Pero es que acaso no sucede lo mismo con los seres humanos, que son los ejemplos a que forzosamente se recurre como prototipo de la actividad psíquica? ¿Acaso los humanos no deben ceder continuamente, total o parcialmente, ante el efecto de la gravedad, o ante un vehículo que los atropelle? Cuando vemos caer a alguien desde alguna altura, ¿suponemos por ello que carece de facultades psíquicas? Es cierto: la capacidad de acción y de reflexión de los electrones necesita condiciones especiales que la faciliten. Necesita de esa organización que llamamos vida, y que se produjo aprovechando condiciones y circunstancias especiales, expedientes providenciales como las conformaciones helicoidales del ácido desoxirribonucleico. De lo contrario, esa posibilidad espiritual hubiera quedado aprisionada en un estéril aislamiento. No otra cosa le sucede a un hombre encadenado. Además, no corresponde concebir los electrones como "personas"; son, precisamente, los elementos que dan lugar a esas personas con las cuales no tendría sentido comparalos. Pero entramos de ese modo a otro tema, el de la evolución, que requiere tratamiento aparte.

X. LA EVOLUCION: LA APARICION DE LA VIDA

Vemos pues ahora la manera de conciliar este discernimiento y esta actividad de los electrones con lo que hoy se sabe sobre el origen y la evolución del Universo por un lado, y sobre la aparición y evolución de la vida por el otro.

Existe unánime acuerdo en que el Universo tal cual lo conocemos hoy -sea único y primario, o continuación de etapas inabarcables- lleva cumplidos 16.000 millones de años. Todo empezó -o continuó- con una explosión. Resumamos lo que se sabe, a través de muy cuidadosas deducciones, sobre el proceso cumplido desde entonces.

Al comienzo, materia y luz eran una sola realidad. Se coincide así con lo dicho por la Biblia: en el principio era la luz. Charon cree que lo primero debió ser el Espíritu, primer motor del Universo, fuera de este Espacio-Tiempo que hoy nos es habitual. La ciencia actual calcula con apabullante precisión los minutos y segundos que necesitaron para formarse, en plazos brevísimos, las partículas elementales. A

los ocho minutos de la explosión se desintegraron los antineutrones que ya se habían formado, dando nacimiento a un antiprotón, el que incluía un electrón y un positrón. Sobran y convencen las razones, que aquí omitimos, que nos obligan a aceptarlo. En 1925 Dirac obtuvo el Premio Nobel al representar las estructuras del electrón y del positrón como vacíos originales, los cuales, al interceptarse, desaparecen, dando lugar a dos fotones, expresión de lo Absoluto, la luz original de la Biblia. Cuestionable o no esta notable suposición, veamos lo sucedido a partir de ese momento.

Fue entonces cuando habría de comenzar la actividad espiritual concebida tanto por la Neo Gnosis como por Charon. Así fue que comenzó la Evolución, concebida por Charon como la aventura del Espíritu en una búsqueda progresiva (ó por una tendencia infusa) del interentendimiento universal. Es forzoso admitir, en efecto, como motor y sentido de dicha Evolución, un impulso continuo (o una cualidad intrínseca) de ordenación y amplificación de la conciencia, un continuo almacenamiento de informaciones conducentes a lograr esa reconcentración total. Las primeras etapas debieron ser muy lentas e inseguras. Debieron transcurrir ocho mil millones de años desde la explosión inicial para que

los electrones pudieran empezar a valerse de condiciones más propicias de cercanía y temperatura a fin de procurarse la información indispensable y lograr así el comienzo de la Evolución. Pudieron así lograrse las primeras conexiones, la coexistencia en proximidad que son los minerales, cuya rigidez, empero, no pudo ser factor propicio para sumar informaciones y explorar el entorno. Recién a los doce mil millones de años de la explosión, es decir hace cuatro mil millones de años, pudieron contar con un medio más favorable: los océanos terrestres, facilitando la movilidad y la mayor variedad de acercamientos. Y fue entonces cuando, fuera productos de factores externos, de temperatura, composición y descargas eléctricas (hoy reproducibles en laboratorios), o fuera producto de su creciente aptitud para formar estructuras manejables, pudieron disponer al fin y rodearse de un recinto de donde sus radiaciones no pudieran escapar: tal fue esa utilísimas estructura que hoy aparece en todos los componentes de los seres vivos, desde los virus y las células, el ADN y el ARN, los ácidos desoxirribonucleico y ribonucleico, estudiados por Watson y Crick, a quienes en 1962 se les confirió el Premio Nobel de Medicina.

¿A qué se debe el valor operativo del ADN?

Sin entrar aquí en detalles acerca de su famosa espiral doble, mencionemos, en primer lugar, la utilidad fundamental de la analina (fig.2 , Pág.40), estructura química con carbono y con disimetría molecular, es decir disponiéndose como un objeto y su imagen en un espejo, estructura que ya existía en el océano original. La analina provoca una torsión del espacio que obliga a los fotones a una polarización tal que todo sucede como si ese espacio se cerrara sobre sí mismo. Los fotones quedan de ese modo capturados, o confinados, pudiéndose así elegir los actos convenientes, realizados en concordancia con las leyes físicas. Ese retorcimiento sobre sí misma de la molécula de ADN permite que los electrones actuantes puedan operar y aglomerarlas para fabricar las largas cadenas de proteínas, procurándose de ese modo un espacio en donde puedan desplazarse y provocar las reacciones físico-químicas planeadas (o prede-terminadas por su configuración). Así podrán después explorar y aprovechar el espacio de "fuera", piloteando a esos efectos fotones exteriores, e inventar de ese modo la célula, como asimismo su indispensable membrana protectora. Y son de ver y admirar los modos sutiles que fraguan los electrones para trasladarse, los pseudopodios y demás desplazamientos celu-

lares que consuman. Observando esas complicadísimas y ultrarrápidas maniobras, es imposible dudar de la inteligencia de los electrones. Y es curiosísima la renuencia en que incurren los científicos para aceptarlo.

Esa capacidad organizadora es de una evidencia incuestionable en la mitosis o duplicación celular (fig.3), absolutamente inexplicable con procesos automáticos, y solamente atribuible a una iniciativa inteligente y a un muy desarrollado discernimiento. Una central atómica, una computadora, no son sino juguetes elementales comparadas con la célula, millones de veces más complicada e ingeniosa. Si representamos un electrón con un diámetro de un centímetro, la célula tendría cerca de un millón de quilómetros de ancho, es decir 150 veces el diámetro de la Tierra! ¡Y todo es engendro y obra de esa esferita de un centímetro! Cada célula es realmente un Universo, como si el Sol fuera manejado por el motorcito de un reloj pulsera. Las enzimas, dentro de ese mundo, constituyen un componente de importancia decisiva, genial creación de la actividad del electrón, con esa red de tubos, vesículas, filamentos y granos moviéndose con infalible adecuación a la finalidad perseguida. Y esa notable concertación, es imposible atribuirle a cuerpos muertos que entre-

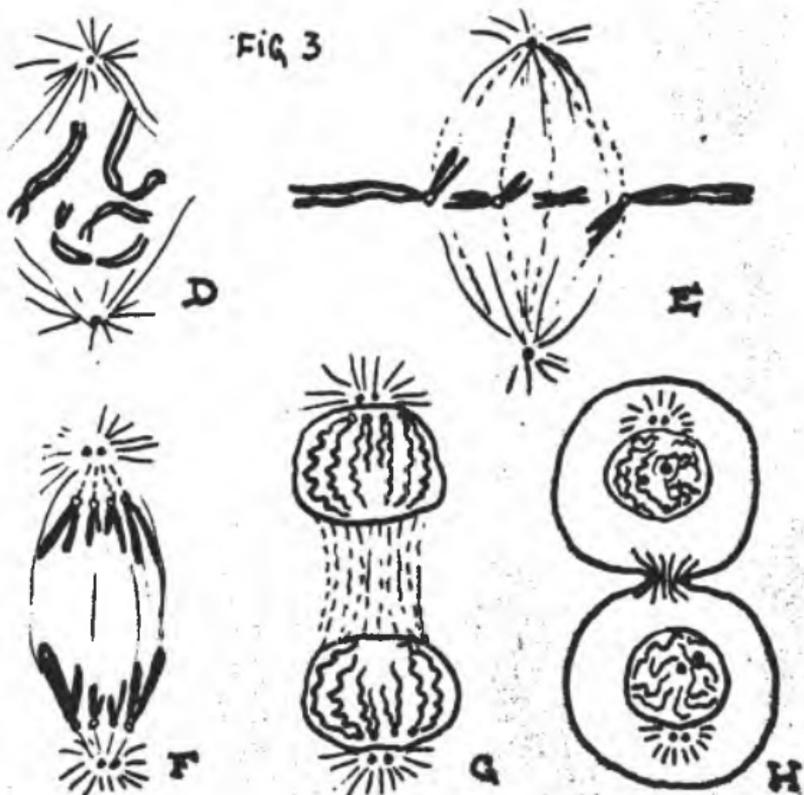
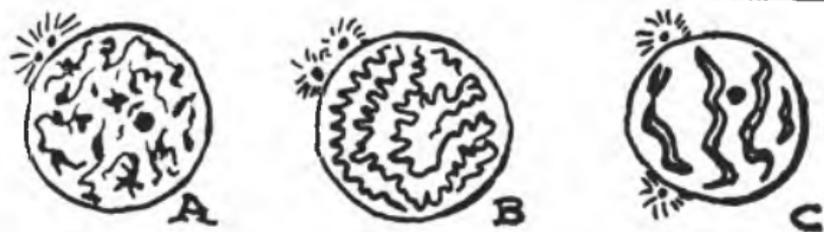


FIG 3

Esquema de la mitosis. El centrómero está representado por un pequeño círculo blanco sobre los cromosomas. Salvo en H, se omite el contorno celular. A: núcleo intercinético; B y C: dos estados de la profase; E: placa ecuatorial; F: anafase; H: estrangulamiento y reconstrucción.

chocan, sino, única explicación posible, a unidades individuales de múltiples y razonadísimas iniciativas. La enormemente difícil unión de las hélices del ADN con muchos miles de escalones que deben procurarse selectivamente, unión realizada en segundos de tiempo, ¿qué otra explicación podría admitir que no sea la sabiduría de las partículas elementales que participan en esa actividad? No podemos respaldar este argumento -como comprenderá el lector- con los complicados ejemplos que sería menester. Recorra el lector, aún indocto, reproducciones en libros o revistas de las complicadas operaciones intercelulares, y recibirá impresiones que resultarán seguramente convincentes.

La experiencia recogida por los electrones en muchos millones de años, les permite intentar incorporaciones, tantear en el exterior constantemente. Los primeros éxitos, la creación de la materia viva, fueron así las células, tal vez los virus, o antes, esos primeros rudimentos que algunos llaman progenotes, es decir aglomeraciones y microorganismos organizados y que ya eran miles de millones de veces más grandes que el electrón original. Para la creación de la célula, con sus incontables funciones internas, fue preciso utilizar la radiación solar así como materia inerte: oxígeno, carbono, hidrógeno, etc.

drógeno, nitrógeno y otros ocho elementos. El virus es ya un compuesto de ADN, elemento esencial para los cromosomas de las células. Con ácidos aminados en cadena se formarán las moléculas de proteína, entre ellas las sorprendentes enzimas, fermento que con poca energía facilitan ciertas reacciones químicas, siempre bajo la supervisión del ADN del núcleo. Largas cadenas de células forman el ser vivo, en donde lo social y lo individual establecen un equilibrio dinámico, en donde cada elemento tiende a su ampliación y perfeccionamiento dentro de un orden general, como cumpliendo un proyecto más vasto. El Espíritu recurre así a la materia a fin de elaborar una complejidad organizada, de modo que la degradación entrópica de la vida, anuncio de muerte, coexiste con el ascenso ne-guentrópico que se basa en la memoria, la reflexión y la acción. Lo material y lo espiritual, de tal modo, se condicionan e integran. Y una invención continua da lugar a seres de complejidad creciente, y vegetales y animales. La organizaciona animal, con órganos sensorios especiales, amplía considerablemente el acopio de datos exteriores. Las soluciones son muy variables, como lo han de ser en otros planetas. Y entre ellas aparece el hombre, como uno de los resultados de esa calculadísima labor. In-

mensa cadena de células diferenciadas forman nuestro cuerpo, y en cada célula hay una especie de cerebro, el núcleo, dentro de un líquido, el citoplasma, sostenido a su vez por una membrana. Lo nucleolos son atravesados por el ARN, que oficia de mensajero entre el ADN y la materia celular. Cada célula, con un peso de un millonésimo de gramo, tarda solamente una hora en duplicarse, proceso que en dos días daría vida a una tonelada de células, y que en cinco días produciría un peso igual al de la Tierra. Si ese crecimiento no se produce es por falta de recursos exteriores, factor que sin duda entra en las previsiones del espíritu gestor. Por algo un sauce lanza al viento millones de simientes; sabe, como lo saben los peces, que serán muy pocas las que prosperarán. Debe aclararse que las células-hijas no son meras réplicas de las células-madres; cada una es un nuevo ensayo, al incorporar electrones exteriores con el alimento que asimilan, electrones que aportan cada uno su propia experiencia. Y es de la experiencia total que resultará la singularidad del nuevo Yo. No ha de entenderse ese Yo como producto de algún proyecto definido, aunque sí como revelación de una tendencia manifestada en los electrones al elegir material exterior adecuado, de acuerdo seguramente

a las ventajas que de éste esperan. La Vida, pese al reduccionismo que caracteriza a la biología moderna, no es pues una simple emergencia de la materia, sino una creación renovada y libre, con algo por tanto de exploración azarosa. Lo psíquico es el factor evolutivo decisivo; y así se evolucionó desde el mineral hasta el ser pensante, a través de saltos sucesivos de calidad, a veces en sentido divergente.

XI. SITUACION DEL HOMBRE

Cabe aquí recusar el antropocentrismo de que adoleció y adolece la ciencia, incluso el revolucionario Teilhard, al privilegiar al Hombre como cúspide de esa evolución. Hay cientos de miles de millones de planetas similares a la Tierra, en donde la probabilidad de Vida es muy grande. Y hay razones para suponer seres vivos con muy diversas y desarrolladas aptitudes. La libre iniciativa, sin proyecto definido, de los electrones, desemboca en seres vivos de variadísimas especies. Esa independencia de caminos nos explica que sigan produciéndose seres como las rosas, los peces y tantos otros, que no son simples etapas, sino resultados distintos, no definitivos. Sería inconcebible, en el supuesto

de que hubiera una sola línea evolutiva, persistir en la producción de esos ejemplares; sería como si un fabricante de autos siguiera produciendo modelos 1910. Si hubiera un plan único, ¿para qué habrían esos electrones de insistir produciendo modelos ya superados? Así como el hombre sigue produciendo barcos, aviones y bicicletas, el Espíritu despliega igualmente un repertorio de organismos distintos sin pensar que uno sea mejor que el otro; todos han de ser útiles de algún modo en ciertas condiciones, acumulando cada uno experiencias peculiares. A un mono podrá así parecerle inferior el hombre por su dificultad para trepar un árbol, así como a una golondrina por nuestra incapacidad de orientarnos en el espacio. Tendemos a magnificar al hombre, a darle un situual privilegiado en la aventura espiritual del Universo. Y esa tendencia se nos aparece tanto más ridícula si pensamos que en el cosmos debe haber tan enorme cantidad de mundos habitados. Se prefiere así atribuir las cualidades de los electrones a quién sabe qué propiedades físico-químicas aún desconocidas. Como las ovejas que atraviesan los campos siguiendo trillos prefijados, el hombre de ciencia no concibe salirse de sus anquilosados rumbos.

A esta altura, parece juicioso preguntarnos:

¿para qué esa Evolución? Pero se trata de una pregunta impropia, demasiado humana. Nos cuesta concebir algo que se fabrique sin ningún propósito. Pero el Espíritu perdería su autonomía si existiera "para" algo. A cada paso que da, a cada situación que resuelve, tiene que ir modificando la idea que se hace del pasado y del futuro. Vive en un eterno presente. Para atribuirle finalidades concretas, tendríamos que situarnos fuera de este mundo. O el Espíritu es libre, o el Espíritu no es tal. Debe moverse siempre entre "significaciones" apremiantes. No enfrenta nunca una "realidad", sino los mensajes que recibe y el complejo de significaciones que puede atribuirles. No hay así un "último paso". En cuanto a finalidades, sólo podemos aventurar sospechas; pero, al fin de cuentas, ¿no son nuestros electrones los que en este momento están pensando en mí?

La idea de un "alma", o Super-Espíritu, que pertenezca al organismo entero, sería un agregado inconcebible. Sería como pretender —dice atinadamente Charon— que una orquesta tiene Espíritu además del espíritu de los músicos que la componen. Ni la orquesta, ni el cuerpo, justifican de ninguna manera explicable físicamente la producción de semejante Espíritu. Lo dicho, la evidente capacidad de cada electrón de

actuar, lo que requiere memoria y razón, vuelve ilógica esa otra super-capacidad de un Espíritu que nacería de una acumulación de una estructura geométrica. El argumento de Diderot es decisivo: la efectividad reside en los individuos, en los músicos de la orquesta, concertados, eso sí, en designios y tareas comunes. No es la orquesta la que ejecuta la sinfonía, sino los músicos, entre los cuales, naturalmente, algunos pueden desempeñar un papel principal. Quienes suponen "un alma", son los mismos que le negaron un alma a los indios, y hasta a las mujeres (como hoy a los electrones) apenas no pudieron reconocer estructuras de manifestaciones coincidentes con las que ellos creían sentir actuar en el Yo como tal.

Se argumentará sin embargo: "¿cómo se explica entonces este fuerte sentimiento de unidad que experimentamos al pensar en nuestro Espíritu?" La respuesta es que ese sentimiento de unidad nace de la actividad tal como se nos aparece; igualmente sentimos la unidad de la obra musical, sencillamente porque los músicos se pusieron de acuerdo para ejecutar conjuntamente. También decimos que "el público aplaude", cuando lo que aplauden son, individualmente, los concurrentes, y no esa realidad ilusoria de "un público". * que esa multiplicidad básica existe,

se aprecia cuando un músico desafina, o cuando un espectador silba, y en nosotros, cuando nos sentimos como tironeados por impulsos contradictorios. Si fuéramos "uno", ¿cómo explicar esas disensiones internas?

Ilusión infantil, además, la de un Mundo hecho para el Hombre. Este ser humano efímero, circunstancial, limitado y confinado en el tiempo y en el espacio, ¿sería entonces el objetivo de un Universo de inabarcable inmensidad? El absurdo es hoy evidente. Así como Copérnico debió abandonar la idea de la Tierra como centro del Cosmos, debe hoy abandonarse esa absurda centralización en el Hombre, vanguardia inconcebible del Universo.

Resignémonos pues a ver en el Hombre uno de tantos, un participante más del Cosmos, una manifestación espiritual entre tantas otras que se están abriendo esforzados y particulares caminos en el Universo. Dejemos de imaginarnos que el Universo está hecho para el Hombre, y que, aparte de él, todo se reduce a leyes físicas. Dejemos de acunarnos en la presuntuosa convicción de que el Hombre goza del privilegio formidable de gozar, él solamente, de un destino personal. El protagonista del Universo no es el Espíritu del Hombre, sino el Espíritu en general, manifiesto tanto en una brizna de hier

ba como en un insecto, como también -claro está- en el Hombre. Todos estos seres son inteligentes, cada uno a su manera. En todos crece su nequentropía, la valorización significativa del todo percibido. En todos ellos son los electrones los que piensan. Nuestro Yo no es más que una construcción auxiliar, un recurso que inventaron los electrones a fin de poder ampliar su acervo de informaciones. Claro que con el Hombre, ese expediente servicial del electrón, se produjeron también otras necesidades de subsistencia, de alimentos, y con ellas diversas preocupaciones, intereses contrapuestos, luchas y creencias distintas, alternativas vividas por esta construcción de importancia secundaria que es el Hombre. Los problemas magnos son los del Espíritu en general; los del Hombre le están supeditados, así sean su mantención o su búsqueda de descendencia, con las consiguientes repercusiones. Los electrones tratan, claro está, de que el Yo subsista, pero muy poca importancia pueden conceder a nuestros problemas propios, nacidos, es cierto, de los suyos, pero tantas veces extraviados en conflictos ocasionales que acostumbramos magnificar. ¿Qué importancia pueden tener para los electrones nuestros 50 u 80 años de vida, cuando hace 16.000 millones de años están viviendo en constante intercambio

y comprensión de las innumerables circunstancias por que deben atravesar? Primero inventaron las células, en un proceso de millones de años, y luego tantas otras cosas, la fotosíntesis, el pétalo de una rosa, el ADN, el prodigio técnico de las enzimas, en una verdadera epopeya de infinitos episodios, no por sumergida menos exaltante. Y frente a ello, qué poca cosa tienen que ser las vicisitudes de un yo consciente, cuidadoso principalmente de mantenerse vivo, en alternativas tan elementales y de poco alcance, aunque exteriormente puedan parecernos abrumadoras o grandiosas, sean guerras o conflictos pasionales o sociales, o esas excrecencias a veces ingobernables que son nuestras ideologías y demás abstracciones. Ese poco que obtiene el Hombre, es, sin embargo, muy útil a los electrones. Para algo nos inventaron los sentidos con que lograr datos variados y de largo alcance. La experiencia del yo consciente, aunque frágil y superficial, les sirve, les agrega algo, pues se incorpora para siempre a su infalible memoria. Lo poco que somos como hombres (y tan poco es que está prevista sin aspavientos nuestra muerte individual) se agrega así a lo muchísimo que saben como Espíritu de vastísima experiencia.

El hecho de que la ontogénesis reproduzca

la filogénesis, es decir que el desarrollo del embrión y del feto reproduzca la evolución de las especies (o de la serie a que pertenecemos), nos revela, por otra parte, que para elaborar un hombre los electrones deben recordar y reelaborar todo cuanto aprendieron al ir creando las especies animales, respetando el orden temporal en que adquirieran esos conocimientos. En este proceso, los electrones no sólo pueden aceptar la compañía, al incorporar sustancia extraña, de aquellos otros electrones con análogo nivel de información; no es otra la causa de los rechazos de injertos o trasplantes de tejidos u órganos de otras personas; equivale a incorporar a una orquesta un grupo de músicos que pueden tener formación muy distinta.

¿Qué conclusiones extraer de lo dicho sobre la evolución, con relación a la situación actual del hombre?

Digamos en primer lugar que la capacidad de creación que llamamos Espíritu va intentando interpretar, a medida que crece su experiencia, los múltiples signos que recibe. Nace así nuestra conciencia, cada vez más compleja, de esa totalidad a la que llamamos "mundo exterior". Ese mundo no es sino lo que entonces conocemos de él. Nada nos permite afirmar su existencia en sí. Aquí Berkeley supo decirlo sin vueltas:

"Ser es ser percibido". Incluso el mismo Espiritu no es sino una construcción del Espiritu. Esas construcciones van jalonando una aventura sin finalidad a la vista. ¿Podemos acaso afirmar que existe un punto Omega, una culminación, una conjunción final, según aventuró afirmar T. de Chardin? Su Espiritu se adelantó a prever lo, y es nuestro Espiritu el que hoy se lo pregunta, y mañana será tal vez un Espiritu más evolucionado quien podrá dar probablemente una respuesta.

Concebir Omega es quizás una proyección de nuestra manera particular de hacer, la que nos lleva a suponer que toda elaboración termina siempre en alguna conclusión. Pero creemos más coherente admitir lo que nos enseña el modo con que vamos incorporando experiencias; se nos aparece entonces como expresión más fiel de nuestra acción espiritual la de un creador juguetón, al modo de Brahma, y no la de un creador trabajador, hacedor y concluyente. Cuanto más veraces y abiertos, somos más alta y descubridoramente juguetones. Ideas rotundas como "ley" y "destino" nos parecen demasiado contundentes, incompatibles con la levedad y libertad inseparables de la actividad espiritual. Vivir tiene una variabilidad de ritmos y melodías del tipo de la música india, la que nunca empieza ni

termina. Es la "durée" bergsoniana, la creación como devaneo siempre atento a las posibilidades imprevistas. No cabe suponer por lo demás que podamos atribuir a la evolución alguna finalidad. Sería negar nuestra libertad. Sería negar sencillamente el Espíritu. (Cuya libertad, según vemos, lo lleva hasta a negarse a sí mismo...) Sea cual fuere nuestra esperanza en desarrollos ascendentes, lo prudente, sin embargo, es evitar recaer, mientras tanto, en el delirio del "Progreso" con que el siglo XIX pretendió, ciencia mediante, emular el delirio teológico de la Salvación. Nada nos autoriza a postular un "Destino". Y aunque lo supiéramos, nuestra actividad debe ser siempre un resultado de la actualidad que tenemos que ir forjando, de acuerdo a un "ahora" que es nuestro único patrimonio utilizable.

XII. LO CONSCIENTE Y LO INCONSCIENTE

Viene al caso aquí, al confrontar los electrones básicos con el ser humano que integran, distinguir los dos planos que de esa manera se establecen. Nuestros electrones concurren, es cierto, a crear este paisaje psíquico personal más o menos unitario que llamamos "lo conscien-

te". Pero por debajo subsiste ese fondo milenario, de experiencias vividas por cada electrón, que constituye "lo inconsciente". Son nuestras funciones vegetativas las que más aprovechan de nuestro Inconsciente, en la respiración, la digestión, la circulación de la sangre, las respuestas a las agresiones externas y otras mil funciones que requieren una sabiduría no presente en nuestra Conciencia. Pero sabios, artistas y profetas, y todos nosotros en grados diversos, podemos beneficiar nuestra actividad consciente si logramos aprovechar atisbos de ese saber inconsciente. Incluso nuestras decisiones en general, según las describen Alquié y otros psicólogos actuales, no son comúnmente conclusión de una deliberación racional previa, sino de una toma de posición que incluso predetermina nuestra manera de razonar. Hay un fondo de experiencia que decide, aún a veces en contra de "argumentos" que parecen superficialmente convincentes. Conciencia e inconciencia, por lo tanto, no están en absoluto separadas, y toda ayuda mutua puede rendir incalculables beneficios. La Conciencia opera con informaciones memorizadas desde que nacemos; tal es la memoria "adquirida". El Inconsciente, al contrario, aprovecha "memorias anteriores" o innatas, diferentes de un electrón a otro, constituyendo

un riquísimo fondo de referencias múltiples, desde las primeras adquiridas en el mar primordial. No es otro el origen de ese "sentimiento del mar" que tan reveladoramente supo describir Rodó: "esas afinidades intuitivas con las cosas de la naturaleza, esas misteriosas simpatías que parecen recuerdos de una existencia elemental [...] hablan de mi fraternidad con las inmensas aguas, con el errabundo ser de la ola. Abro el pecho y el alma a este ambiente marino, y siento como si mi sustancia espiritual se reconociese en su centro". Insuperable alusión, punto por punto y palabra por palabra acordada a esa presencia profunda de los electrones fundamentales plenos de información cósmica, sobre todo la recogida en el mar, primera residencia que permitió las primeras, inolvidables experiencias de creación vital durante muchísimos miles de años, y que esas partículas elementales no pueden olvidar, y que Rodó, con su finísima sensibilidad, logra rescatar del fondo de sí mismo con exactísima autenticidad, aún ignorando en esos años lo que después (ahora) descubrirá la ciencia, la que está por hacerse, a cuyas revelaciones supo adelantarse con lúcida inspiración, dictada, como es de ver, por ese fondo inconsciente que todos poseemos. Pero que generalmente no consultamos, por lo que nos

viene bien el consejo de Antonio Machado: "Mas busca en tu espejo / al otro que va contigo" (...) "Busca tu complementario / tal vez tu contrario"; ese "complementario" al que T.S.Elliot llamará ajustadamente "ese otro que anda junto a ti"...

En la gran mayoría de animales -corresponde establecer- esas memorias innatas persisten en un acuerdo espontáneo y casi total, lo que explica que una araña o una abeja no necesitan ningún aprendizaje; su "sabiduría" proviene de esas antiquísimas fuentes, y las particulares experiencias que, al seguir orientaciones distintas, determinan una actualidad distinta.

Esa variabilidad de los datos innatos es sin duda más patente en el Hombre, permitiéndole más diversidad de comportamientos y una más grande y necesaria participación de la conciencia. Goza, en suma, de lo que se llama más libertad. Perdió, eso sí, o relegó muy hondamente, esa respuesta ya pronta de la memoria innata; necesita "educarse", y en ese predominio de la memoria adquirida, se convierte en un ser movido, o motivado, por ideas, o más bien por prejuicios, adquiridos en su vida presente, gran novedad y gran riesgo, pues se separa de ese modo del resto de la Evolución del Universo, y se convierte en una especie de aprendiz de

brujo, en la difícilísima tarea de reemplazar lo aprendido en miles de millones de años, por lo aprendido en el corto lapso de una vida. Y es en esa aventura, más personal, menesterosamente colectiva, buscando apoyos y comunicación con otros aprendices, que nos sobreviene la angustia de la soledad, el sentirnos aislados, atendidos a nuestros propios recursos, y con la angustia ante la Muerte, una Muerte que sentimos como si incidiera sin remisión posible sobre el Yo, nunca más solitario entonces. El Hombre se siente como divorciado del resto de la Creación. Su máximo recurso, casi irrenunciable entonces, es la Religión, promesa efectuada a su Persona como entidad separada, recluida como lo está en una pequeña porción del espacio y del tiempo. De ese desconsuelo total, solamente podría salvarnos una conciencia que retome la realidad desde sus raíces, desde ese destino que tiene millones de años en el pasado y millones de años en el porvenir, la vida entera de los electrones, remedio total contra nuestra angustia, contra nuestro horror de pensar, como Sartre, que "el infierno son los otros" y, como Camus, en el absurdo de tener que morir. Aceptemos pues nuestra vida primordial, esa eternidad de la que el yo es solamente ilusorio es-
pasmo, efectividad transitoria, momento delez-

nable en la manifestación universal de la Vida como aventura del Espíritu.

Quisimos así señalar la importancia de aprender a escuchar dentro de nosotros esa voz y ese saber que expresa nuestro más hondo acuerdo con la circunstancia. Es lo que logran los profetas y los fundadores de religiones, en cuya voz resuena y se nos trasmite en su mayor pureza ese caudal en general inadvertido, ese contenido espiritual que excede, por su mayor universalidad, lo meramente aprendido por el Yo. Así fue que se manifestó Jesús como "un Hombre entre los Hombres" a fin de restaurar "la Virtud y la Justicia". Así se manifiesta, como se dice en "Bhagavad Gita", "el verdadero Ser Subyacente en todo cuanto en apariencia existe, la única Realidad en el mundo de aparente realidad, y persiste en este conocimiento como flota la madera sobre el abismo de las aguas", al destruir "el ansia por los frutos de la acción del halago de los objetos externos". Así se entra en el "reino de la eterna felicidad y la inalterable paz". Y no es otra la sabiduría "yoga", de quien llega a disponer de "mente y cuerpo sujetos a su verdadero ser y libre de codicia y deseo de recompensa", inserto en "la Esencia subyacente de todos los seres y todas las cosas".

Pretendemos establecer de este modo que el Espíritu del Hombre es mucho más rico que su pensamiento consciente. Comporta en efecto una parte inconsciente muchísimo más amplia y segura, presente desde que nacemos, y que aporta informaciones recibidas en miles de millones de años. Ese micro-Universo electrónico crea máquinas vivientes que siguen líneas diversas, muchas de las cuales, los dinosaurios por ejemplo, debieron abandonarse después de largos lapsos, aunque lo aprendido entonces no se haya perdido; y nada garantiza que el Hombre no sea sentido alguna vez como un callejón sin salida, si no es el propio Yo consciente el que llegue a incurrir en un suicidio general como el que hoy se teme, víctima de una tecnología al fin descontrolada. Se perdería entonces el Hombre, pero no lo que el Espíritu aprendió a través del Hombre. Ese Espíritu alienta también en vegetales y animales, tal como lo presintieran grandes místicos que adoraron a unos y a otros. La Religión, toda Religión, sería ese sentimiento que acierta a reconocer, a través de un Espíritu omnipresente, esta participación con una realidad universal. Y en los arquetipos subconscientes que describiera Jung es que radica sin duda ese Espíritu que actúa en electrones portadores de una experiencia de múltiple ramifi-

cación. El artista, el poeta, el vidente, son quienes exhuman esas tendencias de profunda raíz, provenientes de inmensas concatenaciones de electrones reproduciéndose a través de extensísimos milenios. En su "Explicación falsa de mis cuentos", Felisberto Hernández utiliza una sugestiva imagen: "[...] los dedos de la conciencia encontraban las raíces de antes [entrando] en el agua en que estaban sumergidas las puntas [...] Por último los dedos se desprendían de mi conciencia y buscaban solos". Y tantos otros, explicitan esa intervención de lo inconsciente, tal como lo hace Neruda en su "Memorial de la Isla Negra":

"[...] y a veces recordaos / al que vivió en nosotros / y le pedimos algo, tal vez que nos recuerde, / que sepa por lo aenos que fuimos él, que hablaos / con su lengua [...] porque de tantas vidas que tuve estoy ausente / y soy, a la vez soy, aquel hoabre que fui."

Se alude así a la famosa "inspiración", propia del artista y del creador en ciencias. El hombre aferrado a la rutina los llamará "inadaptados"; otros los calificarán de "posesos". Es cierto: no se adaptan a los carriles del hábito imperante; la imaginación los vuelve diferentes a los demás. Como dice Gilles Barbedette, "la inspiración sólo es descriptible por la inspiración. La verdad no reside en la conciencia

sino en ese otro cuerpo que es plenitud del cuerpo original, de índole atómica. La ciencia que podría dar cuenta de la profundidad de ese fenómeno, esa ciencia está por nacer, pero en un Universo desembarazado de los razonadores de lo inmediato". Es decir que es del fondo inmenso de nuestros trillones de electrones (ese "cuerpo visionario" que evocan las tradiciones chamánicas) que surge ese saber y nos deslumbra en los momentos propicios con visiones renovadoras, intraducible en nuestros pobres conceptos conscientes. Ese estado visionario es causa comúnmente de exclusión social; si ciertas obras sobreviven, es porque recurren a imágenes y parábolas, fuera de los conceptos que se consideran subvertidos. Vida, obra y pensamiento forman entonces un circuito dramático. Y nadie como nuestro Rodó supo señalar con tanta penetración ese Yo profundo, arraigado en experiencias cósmicas, que a las veces irrumpen con deslumbramiento: "¿Nunca te ha pasado sentirte distinto de ti mismo? ¿No has tenido nunca para tu propia conciencia algo del desconocido y del extranjero?...¿Nunca has entrevisto, allí donde toda luz interior se pierde, alguna vaga y confusa sombra, como de otro que tú, flotando sin sujeción al poder de tu voluntad consciente, furtiva sombra, comparable a ésa que corre por el seno de las aguas tranquilas cuando la nube o el pájaro pasan sobre ellas?"

"Lo que nos parece instantáneo, iaprevisto y como comunicado por una fuerza superior en las bruscas transformaciones de nuestra vida moral, no es, en la mejor parte de las veces, sino el resultado visible, la tardía madurez, de una acción larga y lentamente desenvuelta en el abismo interior, teniendo por principio y arranque una noción levísima".

Jung diría que llevamos dentro nuestro una reserva arquetipal, que solamente puede rehabilitarse mediante intuiciones ocasionales, traducidas casi siempre en símbolos y palabras que reflejan una íntima comunión con lo informulado. La Religión, en su más cabal esencia, es manifestación, precisamente, de esa participación con el Todo, resumen de la lucha por la creación de Vida que debieron sostener los seres que fueron nuestros antecesores. Las instituciones religiosas crearán después su lenguaje y sus mitos, de acuerdo a situaciones epocales, así como la ciencia hizo la mismo con lo suyo; y se tuvo entonces que chocar con Giordano Bruno, y con Galileo, y con Darwin; pero habrán un día de reconciliarse en el reconocimiento de esa experiencia multimillonaria de la que todo emana. Y en ese proceso, el Arte cumple asimismo función de testigo independiente con su proyección de símbolos, como reflejos de los arquetipos. Todos ellos, profetas, creadores

y artistas, pasan por "inadaptados"; muchos son descalificados como "locos", cuando no crucificados; la inercia social, el sopor de la rutina establecida, no transije de buena gana con esos audaces mensajeros de la Realidad. Y cosa curiosa, pero explicable: se les considera generalmente traidores a la Realidad...

Claro que no debe confundirse esa inmersión en lo Inconsciente, con el desborde pasional, opuesto también muchas veces a nuestra actividad razonada, pero ambos nacidos igualmente de experiencias y memorias adquiridas, ahora con turbulencia y descontrol. En cambio, mediante una meditación sostenida y avizora, nuestro Yo consciente puede volverse a veces, aunque por corto tiempo, más permeable a intercambios con el Espíritu que alienta en nuestro Yo inconsciente. Ejemplo revelador es el de la práctica yoga, ese atender conscientemente nuestro procesos respiratorios o digestivos, propiciando una coincidencia a veces sugestiva con el fondo inconsciente que preside esos procesos.

En el Hombre -así como también, aunque precariamente, en los animales- la creación vital adquiere y extrema nuevas posibilidades. Al aparecer los sentidos como órganos de captación de más alcance, "palpadores a distancia" de cosas y de seres, se favorece un comportamiento

más complejo del organismo global. Nutrirse, copular y resguardarse seguirán siendo los objetivos imprescindibles para la conservación; pero el conocer y amar, vigentes ya desde los protozoarios, tienden a distorsiones contradictorias, apenas el alimento y la pareja sexual requieran esfuerzos especiales. Nace así la tendencia a la guerra y al robo entre seres que provienen del mismo tronco. Y nace también esa creación de mitos y leyendas que llamamos "cultura", justificación, mediante una razón parcializada, de esas agresiones. Surgen así nuestras naciones modernas como voluntad de potencia, originadas en pulsiones biológicas legítimas en sí, pero exacerbadas y autodestructivas ante el surgimiento de limitaciones, exteriores unas, interiores a la especie otras. La "cultura" es por lo tanto una excrecencia que sobrevive a los hombres individuales, trasmitiéndose de generación en generación, e introduciendo en las conciencias de la mayoría prejuicios sociales que en gran parte favorecen a una minoría. Conviene saberlo. Y conviene esforzarse por restituir la voluntad constructiva del Espíritu que subyace nuestra conducta desde los electrones milenarios.

XIII. VALOR RELATIVO DE LA MEDICINA

Cuanto organizan y hacen nuestros electrones, incluye, obviamente, precauciones aprendidas en sus largas experiencias, que no sólo faciliten el correcto desarrollo de su actividad, sino que además corrijan y desvanezcan los inconvenientes que provengan de posibles perturbaciones. Dicho de otro modo: los electrones deben cuidar la salud de un organismo que ellos han creado como medio indispensable de desarrollo espiritual.

En el animal, como en la planta, ese cuidado, esa auto-terapia, es una realidad evidente: las heridas cicatrizan y se curan, las secreciones glandulares, el reposo y tantos otros recursos, entran así en acción con efectos curativos casi siempre eficaces.

En el Hombre, a esos procedimientos inconscientes que se producen en su cuerpo, se agrega la intervención del Yo consciente, actividad que llamamos Medicina. Pero bien mirada, esa intervención de la Conciencia, sea mediante medicaciones o cirugía, no son sino ayudas y complementos para obtener una curación que es siempre obra del cuerpo mismo. En realidad, con

ayuda medicinal o sin ella, es siempre lo Inconsciente quien nos cura.

La ayuda de la Medicina suele ser estrictamente material. Es como si -vaiga el ejemplo- para ayudar a un electricista que refacciona una instalación, cortáramos cables, reforzáramos otros, ahuyentáramos alguna intrusión perjudicial (bacterias o virus en el caso del médico), etc., sin atender mayormente la actividad y reflexión propia del electricista, sino solamente colaborando al mejorar las condiciones materiales en que actúa.

No faltan, sin embargo, maneras de atender y alentar la actividad del "electricista" mismo, es decir de "Lo Inconsciente". La sugestión, el socorro espiritual, las terapéuticas psicológicas, la Meditación, en la cual insisten las religiones orientales, pueden ser entonces importantes. No es sólo el cuerpo el que está enfermo. Y si bien puede ser útil combatir los efectos secundarios, tal como lo verifica nuestra Medicina, más importante debe ser atender esas causas profundas que están en manos de los electrones. Técnicas como la acupuntura, actuando sobre el equilibrio eléctrico del cuerpo, los masajes, etc., facilitan, aunque sólo físicamente, esa actividad interna. Pero otros intentos, como el de fijar la atención en la zona

enferma, suponen una conexión entre la Conciencia y Lo Inconsciente que incide más directamente en los factores curativos internos. De ahí la pertinencia de muchos ejercicios yogas, como el de sentir con particular atención nuestra respiración, tomando conciencia de su importancia y tratando de influir conscientemente sobre ella, ejercicios psicosomáticos de efectos muchas veces apreciables. Y a este respecto es también oportuno consignar los experimentos que se efectúan actualmente recurriendo a la antipesantez como condición de curación. Al eliminarse en este caso las fuerzas físicas débiles, como la gravitación, se facilitan los traslados de los electrones, los desvíos o apartamientos observados en tantos procesos celulares. Esa supresión de fuerzas exteriores facilita en efecto el ejercicio de esa notable capacidad de iniciativa de los electrones. Esta capacidad se manifiesta muy especialmente en los casos llamados de "paridad", es decir cuando la opción entre la derecha y la izquierda de la materia inerte es igualmente posible, y los electrones sin embargo eligen siempre el costado que les conviene, alterando de ese modo el principio de indiferencia o de igualdad de probabilidades. Esa capacidad de elección, según lo demostraran Lee y Yang, Premios Nobel

en 1957, sólo puede ser atribuida a fuerzas psíquicas determinantes, dada la indiferencia que en esos casos se observa en la materia muerta.

Esta interpretación no es ciertamente reconocida por la Biología clásica, como puede comprobarse consultando la conceptuada "Biología" de Claude A. Villée (Harvard University). Se afirma allí tajantemente que "los principios físicos y químicos que gobiernan los seres vivos son similares a los que rigen la materia inerte". Sin embargo...el mismo libro admite que "no se conocen exactamente los factores que ponen en acción la mitosis o duplicación celular". Y agrega una posibilidad despampanante: "en cierta medida, se supone que el fenómeno debe depender de la proporción entre el volumen del núcleo y el del citoplasma"(!). Se reincide así en la irresistible recurrencia a la física y a la geometría, ajenas al Espíritu, incurriendo en algo que tiene todas las características de la superstición... Y no porque se niegue la ignorancia a que los condena tal simplicidad; al hablar sobre genética, Villée reconoce en efecto que "nuestra comprensión de la organización molecular de los cromosomas, especialmente de los complejos cromosomas de plantas y animales superiores, es todavía muy incompleta". Y en

otra fase, agrega Villée: "el ADN mensajero se lee tres nucleótidos a la vez (...)", curiosísima metáfora, la de "leer", en el insensato empeño de rechazar toda capacidad interpretativa de las partículas. Porque, ciertamente, ¿quién es el que "lee"?, ¿y cómo y por qué interpreta lo que lee? Nada se dice; la "explicación" se cierra con un misterio decretado de antemano como tal. Y se llega a decir otra de las más estupendas afirmaciones ortodoxas: "la información genética se trasmite por cierto orden específico de sus nucleótidos constituyentes", afirmación geometrizarante que desde Diderot es irremisiblemente descartable. La Geometría retendría el secreto de esa inefable (aunque legible...) "trasmisión". Sorprende en verdad que se prefieran tales arbitrariedades al reconocimiento de una capacidad de iniciativa que está rompiendo los ojos; todo, antes de aceptar que la psiquis venga a perturbar los cerrados dogmas físico-químico-geométricos...

Y viene al caso recordar lo que estableciera Niko Tinbergen: lo indispensable que es hoy una "revolución de nuestros sistemas de valores"; y lo que agrega Lorenz, de que los valores éticos y estéticos son considerados ilusorios por "una actitud psicótica que puede llamarse "cientismo", desatendiendo lo que en el Bhagavad Gi-

ta se denomina luminosamente "el interno significado, la verdadera ciencia de las cosas".

XIV. SUPERACION DE LA MUERTE INDIVIDUAL

Hay una pregunta que suele hacerse con explicable desazón y escepticismo: ¿Cómo es posible que este Yo, del cual tengo tan absorbente conciencia, tan mío, único e indivisible, sea el resultado de la actividad de trillones de partículas minúsculas? Y hay otra pregunta inevitable ante el escándalo racional que supone la muerte: ¿En qué quedan nuestros proyectos, nuestras conexiones con la realidad, nuestra conciencia como recreación de un mundo, si todo ello es desbaratado en un instante, a veces hasta por la simple pinchadura de una aguja? ¿Para qué tanta recopilación de experiencias, estudios, empresas, afectos y todo ese saber que, según lo vimos al considerar la Evolución cosmológica, aprendimos primero en la vida mineral, después en la vida celular, al vaivén de las olas y al brillo del Sol, y las mil peripecias de la nutrición y la reproducción a través de las más variadas y entrañadas contingencias? ¿Para qué tanto esfuerzo espiritual consumado para fabricar nuestro organismo, si

después, en tan breve plazo, se destruirá? Esa destrucción, ¿es algo que excede las posibilidades del Espíritu, o es algo que entra en sus previsiones?

El miedo a la Muerte —empecemos por decir— es padecido pura y exclusivamente por el Yo Consciente... y la causa de ese miedo es que ese Yo, absorto en su propia peripecia, tiende a desconectarse de la actividad inconsciente a cuyo servicio está, y a la cual debe su existencia. Ese Yo consciente, en su egocentrismo desmesurado, se siente así abrumadoramente solo. Disociado e ilusoriamente dueño de sí, no concibe tener que desaparecer. Disponiendo de lo que considera un destino propio, no concibe que resulte así truncado. Y es por eso que se aferrará mentalmente a alguna clase excepcional de Salvación, al menos de lo que considera su "alma". Y vivirá de ese modo como un condenado que sueña con alguna clase de liberación suplementaria.

De lo dicho se deduce una necesidad esencial: la de no centrar nuestra conciencia en este presente efímero, en esta existencia que no es sino una empresa circunstancial, inventada por las partículas espirituales a fin de procurarse una mayor información y un más completo acuerdo con el mundo en torno. En pro de nuestro equi-

librio emocional es en efecto evidente la necesidad de reconocer como nuestro centro esencial esa presencia íntima de lo permanente, subentendiendo la fragilidad de este Yo precario y ocasional. De ahí la necesidad de centrarnos en lo que sabemos hoy que nunca muere, según puede garantizárnoslo la Física en sus desarrollos actuales. Claro que la Ciencia, antes enemiga de esta concepción, deberá corregir sus principios fundamentales, a fin de abrirnos la perspectiva de una vida inmarcesible. Deberá reconocer que aquello que muere no es más que este intermediario que es el organismo y este Yo Consciente creado por el Espíritu como una construcción ocasional. Veamos pues que podemos inferir acerca de la existencia de ese Espíritu en lo elemental, tal como ya lo hemos expresado.

Señalemos en primer lugar que todos los electrones constituyentes de nuestro organismo tienen que haber participado en todas nuestras experiencias personales, incluyendo "sentimientos", ideas, imágenes y hasta ilusiones. Sería inconcebible que nuestros electrones logaran en efecto esa unidad tan evidente con que conciertan sus actividades en el organismo, si actuaran con independencia unos de otros, algunos conociendo algunas cosas, y otros conociendo

otras. Es como si en un cuadro de fútbol cada jugador se enterara de lo que sucede en un sector del campo, ignorando en qué pasos andan sus compañeros; o como si ante una representación teatral, algunos espectadores se enteraran de algunas frases de la obra y otros de otras. Participar de un organismo, con el ajuste y acuerdo notable con que lo hacen las células en el nuestro, colaborando todas ante alguna agresión o ante alguna necesidad, o como lo hacen los músicos en una orquesta, exige conocer el todo a que pertenecen los futbolistas, "estando en el partido", o como lo hacen los músicos en una orquesta estando en la sinfonía que ejecutan. Tareas tan delicadas requieren en todos un conocimiento de la totalidad. Si la unidad de nuestra fisiología es tan ajustada, se debe a que nace de una imprescindible compenetración de cada parte con el todo. Cada electrón debe ser por lo tanto portador de conocimientos que comparten todos los demás. La dificultad con que nuestro Yo es Consciente consiguen esas coincidencias con otros Yoes, nos induce a pensar que los electrones deben asimismo padecerla, pero si se recapacita en cuanto a la capacidad de memorizar infalible y permanente de los electrones, nuestra desconfianza se desvanece totalmente. Nuestra sabiduría consciente de 60

u 80 años no es nada comparada con la suya de miles de millones de años.

Al morir, pues, lo que se destruye es esta especie de robot que somos, este medio provisorio elaborado como servidor del Espiritu manifestado en los electrones. Ahora bien: estos electrones -según lo establece hoy la Física sin duda alguna- gozan de existencia infinita (salvo en el improbableísimo caso de que sean interceptados por un positrón, o anti-electrón), aún cuando muera el organismo a que pertenecen. Y con ellos, con todos y con cada uno de ellos, perdura entonces, junto con aquel saber multitudinario, el saber experimentado en esta vida. Al morirnos, dejan, claro está, de adquirir los conocimientos que les llegaban por la vía de nuestro sentidos, pero conservan los antes recibidos junto con los que antiguamente almacenaban. Su memoria es perfecta; nada pueden olvidar. Y de este modo, cuando vemos un cadáver inanimado, dejamos de percibir esas partículas minúsculas pero animadas e inmortales, en las que sigue viviendo el Espiritu sin el menor decaimiento.

Precisemos algunos detalles. Se sabe en efecto que en nuestro organismo hay células que no se renuevan: las células nerviosas, en especial las del cerebro, por lo que ha de ser en ellas,

al menos, en donde se conserva íntegramente
cuento experimentamos en esta vida. Y entre
ellas corresponde distinguir las células de ADN
que contienen, como saber de sus electrones,
lo que constituye nuestro bagaje genético. No
siéndonos posible imaginar, como ya vimos,
que en ellas de fracción dicha información,
se impone pensar que en cada una de esas célu-
las se almacena todo lo vivido. Esas células
son billones, y al morir el organismo, cada una
de ellas conserva consigo todo cuanto integra
nuestro Yo, tanto el Yo consciente como el in-
consciente. Es decir que quedarán esparciéndose
en el cosmos tantos electrones portadores de
nuestro Yo como estrellas hay en el firmamento.
Charon hace al respecto una deducción muy ilus-
trativa: supongamos -dice- el último suspiro
lanzado por César al ser asesinado por Bruto;
supongamos que ese litro de aire lanzado al ex-
terior se distribuye uniformemente en la atmós-
fera hasta cien kms. de altura. Pues bien: un
cálculo muy simple nos permite deducir que cada
vez que respiramos aspiramos varias decenas de
los electrones que dejó escapar César en su úl-
timo suspiro. El contenido del espíritu de Cé-
sar entra por lo tanto a formar parte de noso-
tros. Y de esa manera todos los humanos estamos
continuamente, como en este momento en que es-

cribo, incorporándonos algunos electrones de todos quienes vivieron y viven en el mundo. Todos componemos así una comunidad asombrosa que nos une sin excepción alguna como participantes en la vida universal del Espíritu. Toda la Humanidad, y todo ser viviente, forma de esta manera parte de nosotros. Y es que en un solo centímetro del aire que nos rodea existen electrones de todos nuestros antepasados, y cada uno de esos electrones es portador del ser entero de cada uno de esos antepasados. Existe pues una comunicación de todos con todos por toda la Eternidad. Y ésta que pudiera parecer una fantasía desorbitada, puede demostrarse muy simplemente con un cálculo sencillito hecho en una hoja de papel.

Las informaciones conservadas por esos electrones son, como ya expresáramos, los impulsos electromagnéticos que fueron modificando el spin de los fotones. Una impresión visual cualquiera, este cielo que ahora estoy viendo, está allí alojado para siempre. El electrón, después de la muerte del organismo, ya no verá nada, pues no dispone ya de órganos de los sentidos, pero sí podrá evocar la imagen de ese cielo, y podrá también ejercitar su reflexión sobre dicho recuerdo. Un caso patente de perduración de esos recuerdos es el comportamiento llamado

"instintivo". El pájaro, apenas nacido, sabe precaverse de una caída al suelo desde el nido. Sus electrones lo experimentaron en vidas anteriores y ahora lo recuerdan. Y si bien es cierto que en el hombre esos instintos están muy atenuados y sofocados por nuestra percepción consciente, atribúyase en este caso a la complejidad de los recuerdos acopiados, así como a una educación precoz que suele desdeñar ese "saber hacer" heredado, o alterarlo con una serie de normas inculcadas . Un aprendizaje de absorbente amplitud determina en el p^ár^vulo que el relieve y pertinencia que aún así le concede a cada recuerdo resultan subordinados al nuevo ser cuya integración consciente se efectúa.

Una pregunta de interés es averiguar cuántos y cuáles de los cuarenta mil cuatrillones de electrones que integran nuestro cuerpo perduran después de la muerte de nuestro Yo. Observemos que es en los núcleos de las células en donde radican los electrones decisivos. Su parte esencial es la cromatina, con el ADN como constituyente principal. Y mientras el resto de las células se renueva sin cesar, el ADN es un invariante absoluto, como pudo apreciarse por el procedimiento de los "precursores marcados" radioactivamente. Esa invariación es más sensible en el tejido nervioso, cuyas células nunca se

renewan. Y como el ADN de las células-hijas, al producirse sus duplicaciones, son copias exactas del ADN de la célula-madre, y como ese ADN es el único ingrediente de los cromosomas, al producirse el desdoblamiento celular, será entonces el ADN el factor conservador, genético, de una generación a otra. Esa herencia genética, sea dicho de paso, no puede concebirse que se deba a una determinada disposición de átomos en el espacio (según estableciera Diderot) sino a la información que se conserva en los electrones de los átomos de ADN, pues es un hecho observado que los cromosomas pierden en ese proceso su disposición geométrica, disolviéndose virtualmente para formar la cromatina del núcleo. Y es ridículo decir que las células-hijas "leen" en la célula-madre esa información, como dicen con metáfora menesterosa muchos biólogos actuales, sino que esa información les tiene que ser transmitida fotónicamente. Al producirse la reproducción sexuada, o meiosis, con sus notables y admirabilísimas etapas (división de los cromosomas, elección de complementos, desplazamientos y ordenación, todo efectuado con infalible precisión) deben también elegir en el medio exterior su alimento, es decir los materiales necesarios para completar el ADN, para lo cual se incorporan electrones con su natural

experiencia de la vida vegetal y animal a que pertenecieran. Es de admirar la elección que también hace el óvulo entre los numerosos espermatozoides que se le aproximan, facilitando el ingreso, no del que llega primero, como pudo pensarse groseramente, sino de aquél cuyas cualidades son las más compatibles con las características cromosómicas del óvulo. ¿Qué propiedades puramente físicas o químicas podrían, ni remotamente, explicar tanto y tan adecuado discernimiento?

Interesa señalar así que las células-hijas no son meras copias; sino producto de la facultad creadora de los electrones. Mitosis y meiosis, aquí suscintamente aludidas, son ejemplos irrefutables. Algunos detalles, como la separación de millones de escalones del ADN y su recomposición con mitades de escalones de otra molécula, son demostraciones impresionantes de ese extraordinario poder de creación.

Agreguemos aquí que la herencia de padres a hijos no puede ser suficiente expresión de la continuidad que debemos suponer en labor espiritual tan refinada. Cada hijo recibe a lo sumo la mitad de su bagaje electrónico de cada padre, y en pocas generaciones se vuelve insignificante ese porcentual transmitido, a lo que debe agregarse los aportes que suponen los elec

trones que se incorporan con la alimentación y con la respiración. Acorde con la positividad que cabe suponer en esa fabricación complejísima que es un organismo, se nos impone entonces la suposición de que la información contenida en nuestro Yo debe permanecer entera en todos los electrones de nuestro cuerpo, o al menos en las moléculas de ADN. Sobre este punto Charon es expeditivo, aunque está claro que pueden esperarse más precisiones aclaratorias, no sobre la perduración del Espíritu como tal, sino en cuanto a algunos detalles de las maneras que parecen más adecuadas al nivel de nuestro actual conocimiento científico. Lo indudable es que dado el formidable despliegue que durante miles de millones de años llevó a cabo el Espíritu, sería inconcebible que ese Espíritu se desbaratara a raíz de alguna imprevisión que no cabe ni remotamente suponer, máxime teniendo en cuenta que en innumerables ocasiones (recuérdense por ejemplo las agudas observaciones hechas por Maeterlinck en "La Inteligencia de las Flores") dieron plena y clara prueba de una sutilísima capacidad de previsión.

Resumamos cuanto dijimos acerca de la muerte: La inmortalidad no es gaje de esta organización provisional que es el Yo, sino cualidad del Espíritu que todo lo abarca, y del cual partici-

pamos, y al cual se integra todo cuanto experimentamos en esta vida terrenal.

Y lo esencial de cuanto dijimos ya estaba dicho en el Bhagavad Gita: "Lo que una vez se adquiere, no se pierde con la muerte, pues la esencia de lo adquirido se infunde en la nueva personalidad del Yo"; y también: "Ni Yo, ni Tú, hemos dejado de ser en tiempo alguno ni cesaremos más adelante". "El hombre real, el espíritu del hombre, no nace ni muere. Siempre ha sido y eternamente será".

XV. EL ARTE, EXPRESION INTEGRAL DEL HOMBRE

La teoría de los electrones como sustentáculo del Espíritu nos permite comprender más cabalmente el sentido del Arte. Entre las ocupaciones del hombre, empecemos por decir, cumple en cierto modo una función que complementa y amplía la desarrollada por la Ciencia. Mientras la Ciencia, en efecto, es un lenguaje basado en convenciones y postulados que se admiten racionalmente como verdaderos, mientras la Ciencia es por lo tanto una creación del Yo consciente, el Arte llega a remontarse al Yo inconsciente, y encuentra allí motivaciones espirituales que escapan a una apreciación racional

estricta. Una obra científica se "comprende", "significa" algo. Una obra de Arte no se comprende ni significa nada, no es un lenguaje, ni remite a determinados postulados reconocidos como tales; no pretende ya encontrar resultados reconocidos como tales; no pretende ya encontrar resultados reconocidos por todos, como algo de validez común, ya no es una combinación de signos que nos remitan a una verdad de lo que llamamos naturaleza, sino que tiende a ser una expresión del Hombre entero, incluyendo conciencia e inconciencia. Puede, eso sí, ser "sentido" por todos, "gustado" por todos, incluso es a eso a lo que aspira, cuando llega a exhumar arquetipos colectivos inconscientes, como los llamara Jung, a través de símbolos formales, en los que todos, apenas logran limpiar sus ojos, puedan llegar a participar en proporción indefinida, aún cuando se sientan incapaces de "explicarlo" mediante las expresiones más usuales.

Demás está decir que el Arte cumple así una misión de altísimo valor. Es en cierto modo una manifestación de Amor, de revelación comunitaria en el plano más hondo y sensible de nuestro Espíritu multimilenario. Desde que recurre a sensaciones reconocibles, colores, formas, sonidos, palabras, etc., su angustiada empresa

es la de encontrar la "forma" que combine estos datos sensoriales o lingüísticos con aquellas otras intuiciones básicas en sí mismas inenunciables. El artista vive y padece esa contradicción, recurre entonces a símbolos que la reduzcan, coordinando sus visiones inconscientes con sus conocimientos conscientes, su impulsión iletrada con su manera de concretarla en términos sensibles. Apela a la comprensión, y al mismo tiempo a la sensibilidad profunda del espectador; y es muy común que si esta sensibilidad está sumergida y sofocada por ideas, prejuicios, hábitos y demás comodidades intelectuales, el espectador no ve sino infracciones insostenibles, deformaciones absurdas y "fealdades" que contradicen criterios anquilosados de lo que a su juicio debe ser toda representación.

El Arte es pues una oportunidad irremplazable, aunque tantas veces desahuciada, de elevar el nivel de entendimiento entre los hombres. Es un medio al que recurre la Evolución para desautorizar el divorcio que suele establecerse entre una conciencia presa de sus propios productos, y ese caudal inconsciente en que se acumula el saber de muchísimos milenios. La obra llamada particularmente "abstracta" (todas lo son en cierto grado), es en ese sentido el paso más aventurado, pero al mismo tiempo el más pro

misor, prescindiendo de todo halago superficial de semejanzas externas, que el artista se siente inclinado a dar. Su angustia lo lleva entonces a intentar los pasos definitivos, renunciando a la fácil evocación de todo valor consciente, a procurar una revelación libre y total de su decisión de comunicarse más radical. En cierto sentido, el sueño es una tentativa análoga, debilitados como lo están entonces los controles conscientes; pero esa imaginación espontánea del sueño no puede ser sino un endeble sucedáneo, compensación rudimentaria de algunas insuficiencias y fracasos no bien reconocidos por la conciencia. En la obra artística, en cambio, la imaginación es aliada de nuestra voluntad, y es nuestro Yo total quien procura la armonía decisiva. Parte el artista entonces de lo que él es, así como de las deficiencias entonces asumidas de la comunicación consciente. Intenta así suscitar resonancias afines en los demás, en procura de una comunicación que restablezca un sentido universal válido íntimamente para todos. No podría expresarse de otro modo que con la obra que produce.

Esa disposición artística -conviene señalar- no tiene por qué reducirse a una actividad específica, al cultivo de algunos medios expresivos delimitados. Es todo nuestro quehacer y to-

da nuestra manera de actuar lo que debe realizarse al atenderse ese fondo fundamental de tan sugestivas resonancias. Todo nuestro vivir, en cierto modo y en cierto grado, conviene que sea expresión de esas disposiciones ancestrales. Aunque estemos casi siempre obligados a respetar sendas y normas preestablecidas, nada justifica sacrificar ese interior venero. Y no faltan quienes, en torno nuestro, de un modo u otro, según sea su peculiaridad, nos demuestren su particularísima coherencia. Quién no ha conocido a alguien, muy comúnmente seres simples, a veces rústicos paisanos, que en todo lo que dicen y hacen manifiestan esa interiorísima unidad, reflejo de una esencia personal inconfundible. La convivencia, al incluir armónicamente conciencia e inconciencia, adquiere en esos casos una validez superior, al permitir una comunión de virtualidades auténticas. Como dice Georges Belmonte, no es la inteligencia la que entonces escucha, sino el Espíritu, al reconocer esa palabra que, circulando casi de boca a boca, nos permite vivir en estado de trance, de ensoñación esclarecida. Al rebasarse toda convención o conveniencia, toda imposición de hábitos o normas de conductas y de ideas, la Humanidad, como realidad superior, adquiere en dichas relaciones su sentido más preclaro.

Hay así un arte de vivir que es sin duda la expresión más cabal y entera del Arte en general. Ya no consistiría el Arte en arrojar una botella al mar, sino en la virtud gratificante de la verdadera presencia.

La vida más común no atiende realidades, sino conceptos, prejuicios, elaboraciones estáticas, mapas de ideas y de comportamientos. Dejamos entonces fuera lo que en realidad sentimos, nuestra más auténtica vivencia, para sujetarnos a rutinas y planteos prefijados, venga o no a cuento, esté o no de acuerdo con nuestra singular idiosincracia. El conocimiento llamado "objetivo" es así una construcción que nos impide ese acuerdo o acoplamiento con las cosas que se logra cuando percibir es una actividad libre e incondicionada. Ciencia y vulgaridad coinciden así al proponerse una idea clara del objeto en sí, enfrentando a un sujeto como conciencia separada. La percepción libre elude esas fijezas, no nos aleja de las cosas para observarlas y calificarlas. En la ciencia, hombres y cosas se separan como dos entidades distintas y ajenas, tal como un observador estudiando un mapa, en lugar de convivir con el paisaje real. La técnica separa.

El artista intenta en cambio restablecer la unidad del yo sumergido en las cosas, busca la

experiencia del ser que se dilata, lee la vida como se lee un poema, sintiéndose y sintiendo todo como una sola emanación cordial. Lo meramente útil, las cosas familiares, son para él provisionales y caducas, y si recurre a ellas, es tratándolas como confidentes reconfortantes, como compañeras de nuestro desamparo y nuestras alegrías. No son ya meros utensilios, sino parte de nosotros. El artista, en el verso de Keats, "derrama su alma por todo". Es una forma de perpetuación; lo dice Keats: "Una cosa bella es una alegría para siempre", "un refugio de paz", "salud, quietud", "un sueño lleno de dulces ensueños", "un lazo florido que nos une a la tierra/a pesar de las desesperaciones, de la penuria inhumana". Al transcribir a Keats (en "Estudio", 1981), Mario A.Silva García agrega que en las cosas hay un "oscuro deseo que las impulsa a la belleza y al arte".

El arte debe ser así concebido como tarea y como servicio. La evolución nos lleva a estados en que el Uno estará así más unido al Todo. Si la Ciencia tiende al conocimiento, el Arte tiende así al Amor. Como dice Roberto Appratto, "el Arte es más práctico y cotidiano de lo que parece; tiene demasiado que ver con el enriquecimiento de la mente y sus relaciones con el mundo, como para permanecer en un puesto secun-

dario". Y nada más falso y denigrante que la opción entre lo "serio" (lo económico, lo político y muchas veces lo científico), y lo que se considera lujoso e inútil.

XVI. LA EDUCACION NECESARIA

Vivimos, con nuestro Yo consciente, en un mundo de propósitos y principios explícita o implícitamente establecidos. Nuestro saber y nuestro actuar no pueden desarrollarse sino en atención a esas normas, y es a fin de procurar ese ajuste primario que la Educación se vuelve imprescindible.

Corresponde sin embargo precaverse contra toda excesiva supeditación. La "Sociedad de Provecho" a la que se ingresa, tiende en efecto a extremar sus exigencias de "eficacia", apabullando las mentes jóvenes con soluciones, procedimientos, técnicas y consignas que, lejos de "educar" (en su sentido etimológico de propiciar el autodesarrollo), atiborra la memoria de prácticas y de ideas hechas con el consiguiente perjuicio causado a la facultad de imaginar. Tanta "eficacia", tanto afán de productividad, el apremiante mandamiento de "ganarse la vida" como un "ciudadano útil", son los ene-

migos mortales de todo lo que en el niño y en el joven aparece como su más genuina vocación. Todo lo que se asemeje a ensoñación, a veleidad artística, a fantasía desenfadada, es entonces proscrito como una deserción, o como una falta de responsabilidad.

¿Qué es lo que debemos entonces procurar?

En todo caso, preservar la disponibilidad interior, ese contacto de cada ser con un fondo más o menos inconsciente de tendencias y aptitudes, propiciar la iniciativa individual, permitir que de ese modo cada alumno vaya encontrando la manera más propia de hacer desaparecer las contradicciones entre lo que debe aprender en esta vida y lo que infusa e indefinidamente trae aprendido de vidas anteriores. Muchas veces ignorar es más útil que saber; muchas veces, conocimientos o procedimientos impuestos sin atender las características personales, impide una toma de conciencia integral de los problemas y de sus posibles soluciones. La tarea que corresponde cumplir no es sin embargo muy difícil: los niños disponen naturalmente de cualidades imaginativas pródigas en ocurrencias espontáneas, que no necesitan sino que se les permita manifestarse y se colabore con esas virtudes proporcionándoles las oportunidades correspondientes.

Sobre tal sobreentendido, todo lo demás es evidente. La educación debe abarcar toda la vida y todas las personas, sean niños o adultos, sean hoy obreros o jefes de empresa. Al obrero obligadamente manual que todavía es norma, debe suceder el obrero universitario, en un sistema abierto a todos con la flexibilidad que corresponda y sin las restricciones impuestas en general por minorías celosas de sus privilegios. Lo importante, pues, es multiplicar al máximo los medios indispensables de experiencias y comunicación, una democratización, en suma, que no transija con ninguna clase de diferenciaciones y categorías.

La cultura imperante, aunque monumental e ilimitadamente presuntuosa, padece de incurable reingenuidad. Los criterios conductores son ciertamente mucho menos seguros que los que guían a los animales, adecuadamente insertos en su fondo inconsciente, más capaces de interpretar los signos naturales, para precaverse, vaya un ejemplo, contra las tempestades o temblores de tierra, pulsando y anticipando el devenir exterior. El hombre, en cambio, trabajosa, razonada y dificultosamente (como cuando uno intenta describirlo...) debe urdir mecanismos y teorías de resultados casi siempre inseguros. El endeble caudal de conocimientos que hemos podido

organizar en estos pocos miles de años de civilización, están lejos de haber conducido a planes solventes de organización mundial. Catástrofes ingentes (bombas nucleares, polución, consecuencias ecológicas) amenazan a cada paso con hacernos desaparecer. Nuestro porvenir es una incógnita, un atolladero del que nadie es capaz de prever una salida. En esa "Cultura" estamos inmersos; y con ella, en un mar de prejuicios, de técnicas, estructuras sociales y costumbres de todo lo cual ya renegaba Rousseau, añorando el "hombre natural" no artificializado.

Creemos estar en condiciones a ese respecto de restablecer una confianza elemental. El impasse en que nos mantiene la cultura actual, poco significa ante esa tendencia irrefrenable al conocimiento y a la unificación esencial que se manifiesta en la actividad espiritual tal cual la hemos caracterizado. Incluso advertimos en las tendencias preponderantes de la Educación actual, cada vez más respetuosa de la incipiente personalidad infantil, un gradual abandono de toda intervención coercitiva. Aún entre naturales vacilaciones, los métodos actuales tienden a rehabilitar ese saber intuitivo que emana de las experiencias multimilenarias. La libertad del niño en la escuela, el relegamien-

to de conocimientos coactivos y del imperativo "preceptor", como se le llamaba antes al maestro, la descalificación de un saber escolástico incuestionable, como se solía imponer hasta en la enseñanza artística; en resumen, la progresiva eliminación de esa dictadura cultural con la que se aherrojaba el sentimiento espontáneo y original del niño y del adulto, permiten esperar que este sentimiento pueda manifestarse y desarrollarse con más fecunda libertad. Desempaquetados los envoltorios, eliminadas las etiquetas y desparramado el contenido, la nueva situación permitirá que todo se vaya disponiendo más de acuerdo con lo que en verdad necesitamos. Y parece innecesario agregar que el aprendizaje y práctica de las actitudes de liberación correspondiente, deberán extenderse a la vida entera. La vida entera debe ser suscitación y aliciente, de modo que todos participen psíquicamente, y no sólo mecánicamente, no sólo amontonando informaciones, sino muy principalmente ejercitando libremente sus disposiciones.

El trabajo tendrá así que transformarse en lo que consecuentemente debe ser: una labor participativa y gratuita, una tarea vital verificada en plenitud y con íntima satisfacción. El trabajo no será ya, cualquiera que sea el regi-

men que se considere, un auxiliar de voluntades de poder, de predominio, o de los privilegios de quienes siguen aduciendo, por conveniencias estrictas, principios morales intocables. Ya no se predicará "ganarás el pan con el sudor de tu frente". No se amenazará con el trabajo, palabra que en puridad habrá de perder su sentido actual. ¿Quién seguiría llamando con esa temible palabra "trabajo" a una actividad que llegaríamos, al fin, a desarrollar como una expansión natural de nuestras necesidades?

XVII. LA RELIGION IMPRESCINDIBLE

En cuanto llevamos expuesto hemos recurrido a lo que nos dicen y sugieren actualmente la ciencias de la materia y de la vida. Hemos además incursionado en la Cosmología y en la Evolución. Falta aludir ahora a esa otra interrogante superior que se plantea en la que llamamos Religión.

Religión es palabra que alude, por un lado, a un sentimiento, a nuestra preocupación fundamental por el destino del hombre. Pero con la palabra Religión se alude también a las instituciones que ordenan esos sentimientos y determinan la conducta, simbolismos adoptados y prác

ticas correspondientes.

Nos corresponde señalar pues la relación que existe entre las concepciones expuestas con esos sentimientos y con esas respuestas institucionales que abarca la palabra Religión.

Adelantémonos a señalar que, a pesar de que esos sentimientos y respuestas parecen en primer instancia muy distintos, según la creencia que se considere, las diferencias residen principalmente en los símbolos e imágenes que se utilizan en cada caso, pese a lo cual en todos ellos, bien considerados, se manifiesta una íntima y a veces sorprendente concordancia. Es como si en el trasfondo de todas las manifestaciones religiosas se revelaran tendencias de insondable raíz, como si en cada hombre preexistiera una fuente común de sabiduría, una intuición básica del sentido general de las cosas y de nuestras vidas. Pero esta coincidencia no nos parecerá en verdad asombrosa, si reconocemos que su causa es el hecho de que la fuente de tales manifestaciones es ese saber adquirido por las partículas elementales a través de su vastísima experiencia. La religiosidad, así como el Arte, no son en efecto sino expresiones de esa común fuente espiritual radicada en lo inconsciente.

El sentimiento religioso aparece como una

exclusividad del hombre. La concepción humana de ideas generales conduce en efecto a proyectos y aspiraciones que involucran la totalidad de lo que somos. Pueden rastrearse indicios indudables hasta en la era neolítica. Es propio del hombre una insatisfacción esencial; el Universo no llega a justificarse por sí mismo, y sentimos entonces la necesidad de alguna explicación trascendental, de un algo, o un alguien, que constituya una referencia absoluta. Pasemos rápida revista a los rasgos principales de las religiones asiáticas, todas ellas de venerable antigüedad, subrayando su parentesco con nuestras expresiones.

En "El Tao de la Física", Fritjof Capra expone la concordancia que existe entre la Física moderna y la vieja sabiduría oriental, los Veda hindúes, el Yi King chino, los sutras budistas y el sufismo de Ibn Arabi. Para Oriente en general, en efecto, el Cosmos es una realidad indivisible, y satisface el deseo humano tanto de unidad como de multiplicidad, es decir que el fin de toda filosofía sería volverse consciente a la vez de una Unidad fundamental y de la correlación existente entre todas las cosas.

Para los Upanishad, liberados de la idea de la muerte, el fin de la filosofía sería percibir lo que es intocable, invariable, sin prin-

cipio ni fin. Esa Unidad, esa Luz, según el Tao, no es la Nada, sino la fuente de toda vida. Según los hindúes, esa Unidad y esa Armonía, se realiza liberándose del Karma, es decir del juego vano de las apariencias. El Nirvana de Buda se logra también "desvaneciendo las falsas concepciones de un Yo separado". La recuperación de esa Unidad se logra a través del Yo, en el Yoga, palabra que significa "unir" o "unificación". Para los chinos, el hombre esclarecido es el que logra la unión mística con el Universo, compartiendo así su estado de serenidad.

Sean llamados Brahma en el hinduismo, Dharranaje en el budismo, o Tao en el taoísmo, todos los fenómenos, tal cual los hemos considerado, se caracterizan como avatares del Espíritu, como manifestación de esa unidad, esa luz, o "eso" indistinto, casi inmencionable, que sustenta y justifica la diversidad.

Ese sentido de Unidad es más fuerte en Oriente: "sed eternos en la verdad más allá de las opiniones terrestres", se dice en el Bhagavad Gita; el Yin y el Yang de Tao, así como la vida y la muerte, no son sino las dos caras ambivalentes de un mismo principio, alternancia y armonía; son el alma del Universo. Y su dispersión en la multiplicidad, su impermanencia y

diversidad, no son -dice Buda- sino ilusión, "arena movediza", causa de todo nuestro sufrimiento si a ella nos atenemos.

Nuestro Yo consciente nos ha conducido en Occidente a elaborar miles de religiones distintas, hipertrofiando casi siempre nuestra importancia como hombres, atribuyéndonos un destino propio, personal. Esa tendencia a convertir el Todo en una ocasión y en un escenario para consumir una aventura exclusivamente humana, es particularmente visible en la religión judeo-cristiana, junto a la cual, en Occidente, tomó cuerpo la escisión o disyunción entre el Bien y el Mal, obstruyéndose así la visión de la Positividad total.

El yoga Shri Aurobindo ve en la Evolución un descenso de la Divinidad para purificar y regenerar la materia, y al mismo tiempo un Ascenso para dar cuerpo al Espíritu en la materia. Coincide de ese modo con la concepción del Espíritu radicado en las partículas y a la vez ascendente, tal cual lo hemos caracterizado. De la división y el egoísmo, de la degradación entrópica, el Espíritu asciende a la organización neguentrópica, y por lo tanto a la espiritualización total de la materia. Tal es también -agrega S.A.- el imperativo categórico de lo Divino "que anida en nuestro corazón", "la

- 114 -

diminuta voz tranquila que permite lanzarnos a un desconocido sin orillas, allí donde, en su fuero interno, como parte integrante de lo Divino, el Hombre es totalmente libre, despierto, iniciado". Toda la vida de ese modo es un Yoga, "una odisea del alma con una percepción interior de la conciencia de lo Divino". Ese núcleo de conciencia es la verdadera realidad de la materia en que anida. El Hombre lleva en sí ese "corazón radiante". No dice otra cosa el yoga, de esta manera, que lo que expresáramos a través de una visión física que creemos renovadora. ¿Qué otra cosa que un "corazón radiante", una "diminuta voz tranquila", es el electrón espiritual? Lo Divino, en su pasaje por la materia, creó miseria y a la vez -dice S.A.- "purificación de la materia". El Yoga busca insertarse en la energía vital interior, en el milagro del "Dentro", compenetrándose con la corriente ascendente de la Evolución.

En la concepción hindú el cuerpo es ilusión; sólo el alma existe, y ese alma, al morir, regresa al alma universal. Todos volvemos finalmente al Todo. No se trata de una resurrección del Yo, sino de una unión con lo universal que disuelve toda diferencia. Adviértase la completa compatibilidad de esta concepción con la existencia del Espíritu (llamada aquí "alma")

como actividad de los electrones, cuyas configuraciones personales temporarias son solamente etapas a cumplir hacia esa coexistencia universal. No coincidiríamos -conviene aclarar- con una "transmigración" que tendría que basarse en una reconcentración de los mismos electrones en otro cuerpo vivo, inaceptable suposición del "alma personal" como una realidad autónoma impermeable y permanente. En cambio coincidiríamos con la creencia de que nuestros contenidos espirituales subsisten distribuidos en distintos organismos, lo que vuelve admisible el carácter "sagrado" de los animales. En nuestra concepción, en efecto, cada ser es una nueva oportunidad de ascensión, y por lo tanto de acercamiento al Todo. Esa alma universal es el sostén y la razón oculta de nuestro Yo circunstancial, cuya individualidad no corresponde por lo tanto magnificar como un centro de validez en sí.

Esta última magnificación de lo individual es lo que explica que en Occidente se haya concebido la idea de un Dios personal. Nuestra conciencia occidental, al autocontemplarse, tiende a creerse privilegiada, con un Universo a su servicio. En realidad nosotros somos parte de ese Universo, pues nuestro Espíritu participa en todo cuanto es espíritu en el mundo. Somos así lo que fueron nuestros antepasados, y somos tam

bién lo que serán los que vendrán. Nuestra aventura es la aventura del Mundo. Somos humildes si renunciamos a un yo privado, pero nos cabe en cambio el orgullo compartido de esa residencia cósmica. Y es que nuestra aventura no es meramente "nuestra", de cada uno en particular. Vivimos en lo inconmensurable y en la Eternidad, a la par de ella; y si hemos a veces imaginado con frecuencia un Dios "a imagen y semejanza del Hombre" (aunque se haya disimulado planteándolo al revés), es porque sentimos subconscientemente que la Divinidad está en nuestro fondo, que somos dioses, o que todo es Dios, y que nosotros somos parte de ese Todo. La idea de "alma", más allá de la de "Espíritu", nació de ese sentimiento de que somos uno, y de que ese uno es participación con Dios en el llamado metafóricamente "el Reino de los Cielos", "cielos" que significan en realidad el mundo entero. Poco en verdad importan las construcciones y derivaciones que suelen acompañar ese sentimiento primordial.

Hemos querido mostrar así que la Religión, en sus diversas manifestaciones, acertó a intuir casi siempre la índole esencial del Espíritu tal cual lo hemos caracterizado. El "punto Omega", el "Reino de los cielos", la inmortalidad del alma judeo-cristiana, y tantas otras

expresiones en apariencia discrepantes, expresan estados que guardan total similitud con la intercomuni3n a que tiende el mundo de los electrones. Jung llam3 "arquetipos" a lo que ser3a para nosotros conocimiento sustentado a nivel electr3nico, expresiones de saber informulado que se abren paso en algunas mentes privilegiadas y adoptan formas simb3licas determinadas. Los dogmas religiosos no son sino versiones de esos arquetipos fundamentales. Textos sagrados como el Tao To King, el Bhagavad Gita, el Cor3n, o la Biblia, deben leerse como lenguajes simb3licos adoptados en funci3n de las predisposiciones culturales de cada regi3n y cada 3poca. Ser3a af3n desubicado el de cuestionar por lo tanto la verdad o falsedad de esos lenguajes religiosos, condicionados siempre por el nivel y calidad del conocimiento cient3fico imperante. As3, esa vida eterna que la Relig3n ha simbolizado de distintos modos, se nos aparece hoy evidenciada en esa continuidad que se3alamos en la evoluci3n del electr3n, sede de lo espiritual. No tiene pues sentido hablar de oposici3n entre Relig3n y Ciencia, aunque pueda haberla entre la imagen arquet3pica a que recurre la Relig3n y las estructuras abstractas que fabrica la Ciencia, es decir, por ejemplo, entre la Iglesia y Galileo; pero s3lo se trata

de discordancias exteriores entre modos de expresar lo que suele ser una verdad común. Sólo algunos espíritus intolerantes y limitados, como los que Juan Pablo II reconoció haber existido en la Iglesia del siglo XVI, pueden aferrarse a esa imaginería exterior, considerándola expresión de un desacuerdo esencial. Lutero y Galileo son así hoy reconocidos como compañeros de ruta. Igual limitación padecen muchos -la gran mayoría- de los adeptos actuales de la Ciencia, para quienes hablar del Espíritu de un electrón es como hablar de platos voladores u otra fantasía inadmisible.

Ciencia y Religión, en síntesis, son dos maneras distintas de revelar nuestra experiencia a través de imágenes y ordenaciones establecidos en planos diversos. No hay ninguna razón consistente que nos impida reconocer la compatibilidad de esos dos lenguajes; basta dar a las intuiciones religiosas un sentido acorde con el que emane de una observación científica. Y ese acuerdo es tanto más factible apenas una y otra, Religión y Ciencia, no se empecinen en sostener literalmente las expresiones convencionales que jalonaron su evolución, para reafirmar su sentido en ese saber profundo en donde Religión y Ciencia hunden sus raíces, y del cual todo cuanto se dice o se imagina extrae

su más válida razón de ser.

No deja de ser curioso el hecho de que el lenguaje de la Física actual, como sin quererlo, parece ir amoldándose a esa exigencia. Habla en efecto de "encanto", "color", "extrañeza", etc., al referirse a cualidades básicas de algunas partículas presentidas, los quarks, abreviando así el trecho, aunque sólo sea por las denominaciones elegidas, entre lo material y lo psíquico. Se adelanta camino, evidentemente, hacia un humanismo integral en donde ya no cabrá tal vez distinción alguna entre Ciencia y Religión, y gracias al cual nuestra manera de pensar estará menos propensa a enquistarse en formulaciones pasajeras.

XVIII. RELATIVIDAD DE LA MORAL

Lo dicho obliga a replantearse el problema moral. Y ya no para plantearlo en la exclusiva jurisdicción del hombre, sino que debemos concebirlo a un nivel más amplio, el del Espíritu, actuante ya en el electrón.

Lo que podríamos llamar el sentido moral del electrón, es decir su distinción entre lo que está bien y lo que está mal, no puede ser la misma que la de estos organismos provisorios,

sea el Hombre, la hormiga o el protozoario, en donde hay necesidades propias (alimentarse, reguardarse, copular), en atención a su situación particular. La necesidad espiritual del electrón es la de alcanzar una plenitud, completando sus informaciones y reflexiones, un saber cuya finalidad ulterior parece ser el mejor funcionamiento del organismo a que pertenece a través de un entendimiento con todo lo demás (aunque no pocas veces lo primero contradice a lo segundo).

¿Pero por qué, pese a la sabiduría electrónica -se preguntará- existe la crueldad y el crimen? ¿Por qué hay tantas especies animales que se matan entre sí? ¿Y por qué el Hombre guerra hasta matar y morir contra otros hombres? La Moral humana tiene a este respecto un alcance restringido. Los electrones, como ya dijimos, saben y conciben mucho más y más incondicionalmente que nosotros, y la evolución, que está en sus manos, ha de encontrar muy probablemente bien que los animales se maten a veces entre ellos.

Cada momento de la Evolución tiene en efecto sus urgencias propias, y así como algunos árboles producen millones de simientes condenadas en su gran mayoría a morir, así como tiene forzosamente que morir un enorme porcentaje de ca-

da nueva generación de peces, en ciertas etapas y condiciones matar y morir es gaje inevitable, más aún, es un hecho necesario, de acuerdo al camino elegido. Lo padecen, es cierto, los individuos, pero es el Espíritu dentro de sus previsiones quien, de manera para nosotros incongruente, requiere esos sacrificios.

Conviene aquí aclarar: se trata de un Espíritu que busca, y no el detentador de un saber ya total. Sería inconcebible un Espíritu que lo supiera todo; sería entonces una máquina ciega. Espíritu quiere decir libertad, aventura, siempre partiendo de lo que ya se sabe, a fin de ir acrecentando y a veces corrigiendo el saber ya adquirido.

Nuestras dudas tienen pues una justificación en esa inmensa duda de quien potencialmente puede lo más, sin saber sin embargo cuál es la vía mejor. El Mal, por lo tanto, es indefinible. Mañana se sabrá, echadas las cuentas, si algún caso que hoy se considera crimen no fue incidencia indispensable para la buena marcha de la Evolución. Así es como vemos que procede el mundo espiritual de los electrones; junto a su maravillosa capacidad de resolver toda clase de problemas, debe atrevesar a cada momento hechos que no caben en los estrechos márgenes de una Moral que ha debido forjar, y

no sin profundas razones, para ordenar de algún modo nuestro comportamiento individual y colectivo. ¿Puede acaso concebirse un Espíritu cumpliendo servilmente un plan prefijado? Toda acción espiritual debe ser un riesgo, admitamos o no el supuesto de que el electrón actúe de acuerdo a criterios previos sobre la clase de éxito a alcanzar. No sólo debe ir improvisando de ese modo una conducta, sino también un objetivo que le permita ir adecuando su comportamiento.

El mundo es en efecto una fuente continua de información; nada está aislado de lo demás; una red de relaciones, de impulsos fotónicos, de influencias mutuas, permiten conjeturar e ir caracterizando la existencia de un Todo. Y es ese desciframiento de las informaciones la gran tarea del Espíritu, no para adueñarse de una realidad sólo accesible mediante signos que debe interpretar, sino para conciliar lo conocido en alguna imagen indefinidamente renovable. Esa captación de mensajes se puede hacer con más amplitud en los seres vivos, pues en ellos, obtenidos por asociaciones de electrones, se han creado los sentidos en atención a tal necesidad. Es de esa amplificación sensorial, que en el hombre deriva en construcciones abstractas más abarcadoras, que nace nuestra

presunción de un Universo en donde el entendimiento mutuo alcance dimensiones ilimitadas.

XIX. PREGUNTAS Y EXPECTATIVAS

Puede surgir aquí una pregunta ya vertiginosa: ¿A qué designio creador obedece esa organización cósmica? ¿Se trata de un plan, de la obra de un creador, o esta idea es demasiado humana, una aplicación a lo extrahumano de lo que en este mundo es nuestro particular modo de proceder?

Nos sentimos ya en el borde de toda entrevista posibilidad de comprensión. Cualquier respuesta -digámoslo resueltamente- nos parece insensata, pues provendría de una capacidad intelectual solamente adecuada a menesteres limitados. Hablar de Dios -se ha dicho- es siempre un despropósito, un exceso inconcebible; los taoístas le llaman "eso"; se resisten a darle siquiera un nombre. Nuestros electrones no pueden saber "eso" que es más que un saber, que es más que una simple asociación de una parte con otra parte ya conocida. Ahora se trata del Todo. Y el Espíritu no puede encontrar allí una respuesta. Los animales, por su parte, sólo se sirven de respuestas ocasionales, la araña ha-

ciendo su tela, la abeja su panal, la golondrina orientándose en sus vuelos, y es que sus respuestas son siempre particularizadas. El hombre, en cambio, pretende ir más allá de lo particular; es el único ser que puede hacerse preguntas, y las hace con respecto al Todo. ¿Pero podemos responder acaso a una situación que excede toda posible experiencia? Esta pregunta, ¿no debe ser acaso la última pregunta? ¿Es posible vivir en Dios sin ya buscarlo? ¿Estas preguntas conservan acaso algún sentido, o son solamente expresiones de nuestra insuficiencia actual? El estado final, si lo hay, ¿será la eliminación de todas las preguntas sobre ese estado final? ¿Será ésta, precisamente, nuestra última pregunta? ¿No encontrar respuesta será finalmente la respuesta que nos corresponde?

Sí; la religión, a pesar de todo, es una necesidad. Y esa necesidad nace, en el hombre, de un no saber que extrema su exigencia, de generalizaciones que exigen sostenerse en asideros incuestionables. Así como para viajar en un ómnibus necesitamos creer que su funcionamiento está garantizado por quienes lo fabricaron y por quien lo conduce, igual creencia necesitamos tener en que este Universo en que viajamos está respaldado por alguna Razón, Ser,

o Poder que garantice su funcionamiento. Sin fe, vivir no es posible, salvo dormido. La angustia metafísica de un Platón, o de un Pascal, asoma también en el hombre inculto, más directa y simplemente, pero igualmente acuciante. Hubo épocas, como el siglo XIX, en que creció, como para curarnos de angustias, un optimismo decididamente miope, el de un ateísmo racionalista que no fue sino una respuesta correspondiente ante una religión idolátrica. Y hoy, y siempre, esa especie de deserción, de megalomanía intelectual, es moneda corriente. Pero subsiste en el hombre la sensación profunda de estar participando en un Todo, un creer sin sustantivos ni adjetivos que nos invade aparte de toda resolución consciente. Dios no es ya alguien que está fuera de nosotros, sino muy dentro; y no otra cosa puso de manifiesto incluso el cristianismo. En las religiones más divulgadas, como ya vimos, se forjaron simbolismos que no llegan a establecer diferencias irreductibles. Una gran Unidad, si reparamos bien, abarca las distintas instituciones religiosas. Y en lo que respecta a la Ciencia, su renovación, tal cual la hemos señalado, la formulación de un lenguaje más comprensivo, reconciliando espíritu y materia, tiende, y creemos que cada vez más claramente, a crear conciencia de una solidaridad

necesaria entre el Hombre y el Universo. A través de la Ciencia, el Hombre se siente participar en efecto más radicalmente en un Todo en donde no tiene sentido concebir potencias o espiritualidades separadas. El sentimiento religioso entonces -y así lo esperamos- podrá ir apoyándose con más familiaridad en las realidades reveladas por una Física integral. Podrá irse así satisfaciendo el afán de creer y el de comprender conjuntamente. Dogmas y escepticismos irán siendo de ese modo, unos y otros, igualmente superados. Se intuirá el carácter sagrado de toda construcción válida. El hombre de ciencia ya no vivirá en un mapa esquemático, y satisfará con su saber la necesidad religiosa de vivir en el mundo, en un mundo coextensivo con nosotros, en donde cada conocimiento tendrá repercusiones universales. Ya no habrá "sabios", sino "personas", seres unidos a la Naturaleza, y no enfrentados a ella en son de conquista. Ya no se reducirá la realidad a unidades inteligibles, a una "objetividad" que acumula cosas separadas; ya no establecerá barreras de palabras y de leyes entre el yo y el mundo, y entre los distintos aspectos del mundo; ya no inventará lenguajes ortopédicos y pensamientos analíticos que relacionen objetos y entes "sucesivos" y relativamente independientes, ya no re-

incidirá en esa superfetatoria comunicación verbal tan característica en Occidente, por la que se reduce la realidad a unidades inteligibles y a cadenas de causas exhaustivas. En lo moral, no se reincidirá en los monstruosos maniqueísmos, en un Bien y un Mal irreductibles y casi abstractos. A toda esa pulverización conceptual y paralizante, sucederá un sentimiento sintético, diríamos musical, a una comprensión en la que todo lo que meramente se "sabe" se disuelve ahora como momentos de esta sinfonía universal en que han de integrarse nuestras vidas.

En ese estado de espíritu, ya no podrán concebirse ideas "malas" ni, por supuesto, palabras malas y cosas malas. Y es que nada vale ni deja de valer aisladamente. Una idea, una palabra, una cosa, sólo indican un lugar, una posibilidad, un momento dentro de desarrollos mucho más amplios. Las ideas de bondad o de maldad serán siempre particulares y relativas; una idea será buena o mala según se la maneje, por las implicaciones y virtualidades que se faciliten o que se clausuren. Lo que deberá importarnos es la vitalidad del pensar, su capacidad relacionante, sus cualidades de religamiento, de reconciliación, su inclusividad. Pensar bien es tender hacia lo Uno sin sacrificar

lo múltiple, reconocer el parentesco esencial de todo respecto a todo, y colocar ese parentesco por encima de todo. Religión, entonces, sería expresión correspondiente a "religar", etimología aparte.

La Física actual tiende evidentemente a considerar el Universo como un conjunto dinámico de acontecimientos interconectados, y en ello coincide con tradiciones espirituales orientales, en particular con el budismo. Adiós así a los sistemas mecanicistas newtonianos, con su Universo compuesto de una multitud de partículas independientes, adiós al espíritu racional que analiza y separa, expresión correspondiente a un "ego" estrecho. Se cumple así la máxima de Heinsenberg: "En la historia del pensamiento humano, los desarrollos más fecundos nacen en la intersección de dos corrientes de ideas". Oriente y Occidente, en efecto, se fecundan hoy mutuamente. Así es que el Taoísta Chuang Tsu comunicaba a sus discípulos la base de su filosofía: "No hay cosas; he ahí la naturaleza fundamental de la realidad". Y por su parte dice F.Capra: "El objeto, deidad occidental, no es sino una noción aproximativa muy útil en la vida cotidiana, pero es solamente una idealización, mientras que para el místico oriental es una ilusión". La intersección cul-

tural es evidente. Oriente y Occidente confluyen. Todos los fenómenos aparecen como interdependientes. No urge tanto explicarlos, analizarlos y describirlos, a no ser para prácticas estrictas; lo importante es experimentar la realidad fundamental. El espíritu racional tiende a ver esa realidad de manera estática; el Tao—como Heráclito, en cierto modo, en Grecia—encara encambio su aspecto dinámico y subraya la unidad de los contrarios. Occidentales como Bohr, impresionado por el principio chino de la complementaridad, adoptó como blasón el símbolo del yin y el yang. Teorías como la de las "estructuras disipativas" de Prigogine, de la "auto—organización", de Föster, o del "azar organizador", de Atlan, señalan lo que Capra denomina "revolución dramática del pensamiento científico", cuyo paradigma sería "ecológico", al subrayar la interdependencia fundamental de todos los fenómenos. De lo que se trata, agrega Capra, es de incorporarnos la concepción dinámica del budismo, el que sostiene que no es necesario atenerse a formas fijas, objetos, personas, ideas, sino aceptar un mundo movedido y cambiante.

A esa concepción globalizante tiende hoy la Ciencia de diversos modos. Se terminaron los tiempos en que un Lord Kelvin podía aún afirmar

"Sólo conozco lo que puedo medir", sumergido todavía en una concepción cartesiana atendida a lo estrictamente racional. Gradualmente fueron desarrollándose en este siglo concepciones menos particularizadas: "estructura", "Gestalt", "pautas", "ecología", "síndrome", términos globales que aluden a órdenes plurales. Asimismo, en lugar de organismos individuales, se prefiere hablar de "flujos de organización biológica", y se alude al valor principal del "clima" de una organización.

Señalemos que en todos estos casos, aún sin que sea admitido expresamente, hay un factor implícito: la posibilidad de intercambios de información entre partículas elementales, capaces así de interrelacionarse psíquicamente. Pero me corresponde aquí una puntualización, señalando, por un lado, con cuanta amplitud, dentro de las orientaciones dinámicas y englobantes referidas, se incluyen las concepciones por ejemplo de un Charon sobre el carácter psíquico de los entes físicos conocidos; pero, por otra parte, no por eso afirmamos que se haya llegado a conclusiones intocables. Nuevas generalizaciones, en efecto, basadas en nuevas adquisiciones experimentales y especulativas, pueden alterarlas parcialmente. La descripción del comportamiento de los centros psíquicos, su su-

tua relación y la validez de las conformaciones espacio-temporales hoy aceptadas, pueden sufrir modificaciones. Pero lo importante es el sentido con que se van ordenando esos desarrollos, la consideración ahora conjunta de lo que acostumbramos llamar materia y espíritu, en indisoluble unidad e intrincamiento. Seguramente se producirán nuevas maneras de deslindar y denominar comportamientos que requerirán ordenaciones renovadas. Baste aquí esta somera indicación ante situaciones que, en lo que a nosotros respecta, apenas si supera todavía la etapa del presentimiento.

Es sin duda evidente la decadencia de los métodos mecánicos, estáticos, métodos propios de épocas en que el movimiento se concebía como una sucesión de "quietudes", y en el que la inercia era noción intocable. Hoy se concede en cambio suma importancia al estado topológico del espacio, como por ejemplo al creado por las moléculas de ADN, en donde pueden almacenarse y componerse las informaciones electromagnéticas. Y resultan así extrañamente anacrónicas las experiencias atrabiliarias por las que se intenta obtener cuerpos vivos amontonando moléculas, sin reconocer la realidad estructural determinante. Son en cambio particularmente sugestivas, aunque aún incipientes, las experien-

cias de "resonancias mórficas" que describe el Dr. Robert Sheldrake en su obra "Una nueva Ciencia de la Vida: la idea de Causalidad Formativa". Contradiendo allí la tendencia científica aún en boga de explicar todo comportamiento vivo por causas meramente mecánicas, Sheldrake postula la existencia de "campos" o "medios" que influyen decisivamente en el desarrollo y comportamiento de los seres vivos. Y llama "resonancia mórfica" a la influencia que, por ejemplo en el desarrollo de una rana, tienen los millones de ranas que han vivido y viven todavía hoy. Todos los organismos de una misma clase estarían en contacto a través del espacio y del tiempo. Experimentos anteriores, en Harvard, comprobaron, por 1920, que el comportamiento de las ratas de laboratorio mejoraban en las que estaban en las cercanías de las que se utilizaban. Y hay físicos franceses que registraron interacciones entre partículas subatómicas muy alejadas entre sí, adoptando comportamientos semejantes, como si cada una supiera lo que hacía la otra. Como podrá suponerse, la revista "Nature" editorializó diciendo que Sheldrake es un excelente "candidato a la hoguera", haciendo así compañía a Giordano Bruno... Pero tenemos buenas razones para creer que son dichas experiencias, en apariencia es-

trafalarías, se están rozando realidades cuya índole coincide singularmente con el sentido de la evolución tal cual la hemos caracterizado, así como con la intercomunicación fotónica de las partículas elementales.

XX. ¿UNA NUEVA FILOSOFÍA?

A propósito, y cerrando nuestro trabajo con observaciones que nos devuelven a los planteos que hemos sentido necesario hacer en un principio, creemos oportuno referirnos ahora a un artículo publicado en 1960 por Peter F. Drucker bajo el título de "Nacimiento de la nueva filosofía", y que tiene hoy renovada actualidad.

Empieza Drucker observando que a medida que el descubrimiento de las propiedades materiales va siendo más detallado, las teorías sobre la materia, la energía y el tiempo van siendo cada vez más confusas. En Medicina, por ejemplo, "donde había tiempo atrás seis o siete haces de conocimientos estáticos, hoy [en 1960] hay más de cincuenta. Es evidente —anota P.F.D.— la falta de síntesis filosófica, la carencia de algo básico". Y concluye formulando la necesidad de pautas de orden biológico, social y físico, "en las cuales el Espiritu y la materia

se vuelven significativas precisamente porque son reflejos de una unidad mayor". Esa necesidad de una "filosofía finalista que explique por orientaciones, más que por causas, es un gran imperativo".

Por nuestra parte no podemos sino compartir esa impresión, con la salvedad de que creemos no corresponde oponer las "causas" a las "orientaciones", si en el concepto de "causa" incluimos la actividad psíquica proscrita de la materia por la física clásica.

Por lo demás, hablar de "orientaciones" amenaza introducirnos en un tembladeral. Ya lo señalamos. El Espiritu se conjuga en presente. Toda previsión, en cuanto explicación, va más allá de esa sabiduría siempre y puramente actual que es propia del Espiritu. Y esa actualidad es además, en los temas que hemos abordado, de muy escabrosa verificación. Teorías como las de Teilhard y Charon inciden en efecto en realidades que son todavía de muy difícil y siempre parcial acceso. Ello se debe a la indeterminación de Heisenberg, es decir a la inevitable perturbación que apareja el solo acto de observar lo elemental, y la dificultad suplementaria que, a esa escala, supone la detección y observación de radiaciones individualizadas. Hemos pretendido señalar el sentido que, tal como hoy

están las cosas, creemos, y con nosotros muchas personalidades capacitadas, habrá de ser el pre dominante en la consideración de la realidad tal cual la podemos experimentar. El asentimiento de los científicos se producirá dentro de plazos de imprevisible extensión. Pero pocas veces como en esta ocasión, la ciencia, si pretende encontrar su lugar más proficuo, tendrá que acompasarse a criterios de coherencia y sen tido general en pos de esa "unidad mayor" reclamada por Drucker.

Nuestra más penosa deficiencia actual ha sido señalada por Xirau: "El mundo contemporáneo ha perdido la fe. Lucha por recobrarla (...). La nuestra es una época de crisis más aguda que la conocida en cualquier otro tiempo de la Humanidad". Nuestro esfuerzo parte de esa angustiante sensación. Y solamente renovando las bases de nuestra conciencia, reconciliando, con la ayuda de la ciencia, las hoy irreconciliables concepciones de la materia y del Espíritu, puede esperarse -así lo creemos firmemente- una reconciliación fundamental entre lo que somos y lo que es en su más vasta dimensión. Se trata sencillamente de que este "caos" en que vivimos merezca ser llamado un "cosmos".

A esta altura —si es que en verdad nos hemos remontado en algo ...—se nos dirigirá—no lo du damos— algunas preguntas insidiosas: "Todos estos problemas; ¿no son más bien temas para filósofos, cuando no para hombres de ciencia, por encima de lo que vive y siente el común de los hombres?"

Nada más falso. Filósofos y científicos, claro está, son quienes pueden plantearlos en toda su extensión, pero esos problemas repercuten con mayor o menor intensidad en la manera con que los hombres se comportan, en su sentido de la vida, en la calidad de su esperanza, en su entrega, o no, a la vida tal cual se le propone, a las ideas y prejuicios que, casi siempre sin darse cuenta, determinan su manera de encarar todas las cosas. Es toda la vida la que depende de esas concepciones generales. Quien no es filósofo, no por eso deja de ser juguete de filosofías que se le inculcan sin que usualmente lo perciba. Ese hombre común es —diríamos— el destinatario más importante de la manera, superior o inferior, con que se concibe la vida, y también la muerte, sus "por qué" y sus "cómo".

Es cierto; a menudo debimos utilizar tratamientos y terminología que no son de uso corriente. Nuestro lector no podrá ser así el señor "todo el mundo". Pero es a ese hombre común

a quien hemos querido interpelar. Y muy precisamente por lo que tiene de común en su mejor sentido, componente consciente o inconsciente de esa amplísima comunidad espiritual hacia la cual, tal es nuestra más decidida convicción, todo evoluciona.

Jackes Monod, P. Nobel de Fisiología y Medicina, escribe en su libro "El Azar y la Necesidad", al comentar la extraordinaria complejidad de las reacciones químicas y el orden maravilloso requerido para la obtención de la vida: "Estos fenómenos, prodigiosos por su complejidad y su realización eficaz de un programa fijado de antemano, suponen evidentemente la hipótesis de que son guiados por el ejercicio de funciones de algún modo "cognitivas" (de conocimiento)". Se "aprendió" así a movilizar el potencial químico, "pero el mayor problema es el origen del código genético y del mecanismo de su traducción. De hecho, no es un problema, sino un verdadero enigma. ¿Quién podría dudar de la presencia del espíritu para reconocer la complejidad, la riqueza, la insondable profundidad de la herencia genética y cultural, como de la experiencia personal, consciente o no?"

El catedrático de la Universidad de Bs. Aires y distinguido científico Dr. Félix Cernuschi lo comenta en un artículo de nov. 1982: "Una célula viva concentra una gran información, una cantidad grande de entropía negativa (neguentropía)"; "La relación entre el cerebro humano, la mente y la conciencia constituye un enigma que la ciencia dista mucho de poder explicar". Reproduce lo dicho

por otro P. Nobel de F. y Medicina, John Eccles: "De algún modo misterioso el cerebro se desarrolla con propiedades de un orden completamente diferente de cualquier otra cosa en la naturaleza". Agrega Cernuschi: "El nacimiento de cada personalidad consciente yace más allá de la investigación científica"; dice que se inclina a creer en un "alma". Pero todo lo anterior refuerza decisivamente la idea que hemos desarrollado sobre la radicación del espíritu en las partículas elementales."

LA MATERIA PENSAnte
UNIDAD DEL UNIVERSO

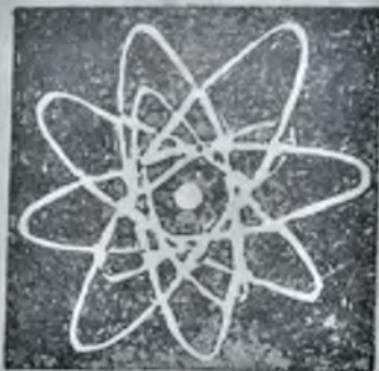
Vivir es trance de incorporarse al Todo,
mas es preciso ir por partes.

La Parte nuestra de cada día
cúmplase en un hoy que es anuncio de un siempre.

INDICE

Pág.

I.	Las grandes preguntas	4
II.	La unidad en el hombre primitivo	6
III.	Pérdida de la conciencia unitaria	10
IV.	La cultura dividida	14
V.	Encrucijada de la ciencia actual	22
VI.	La importancia de lo elemental	26
VII.	Las ideas de Teilhard de Chardin	32
VIII.	El electrón, micro-agujero negro	35
IX.	La actividad psíquica del electrón	43
X.	La evolución; la aparición de la vida	52
XI.	Situación del hombre	61
XII.	Lo Consciente y lo Inconsciente	70
XIII.	Valor relativo de la Medicina	82
XIV.	Superación de la muerte individual	87
XV.	El Arte, expresión integral del hombre	98
XVI.	La educación necesaria	105
XVII.	La Religión imprescindible	110
XVIII.	Relatividad de la Moral	120
XIX.	Preguntas y expectativas	124
XX.	Hacia una nueva filosofía	134



Tintas s.c.
Dep.Legal 57209/84